AUTOR DE ÉXITO DE VENTAS DEL NEW YORK TIMES

LEE STROBEL

ENCUENTRA AL JESÚS VERDADERO

Editorial Vida

UNA GUÍA PARA CRISTIANOS CURIOSOS Y BUSCADORES ESCÉPTICOS

ENCUENTRA AL JESÚS VERDADERO

UNA GUÍA PARA CRISTIANOS CURIOSOS
Y BUSCADORES ESCÉPTICOS

LEE STROBEL



La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en comunicación cristiana que satisfaga las necesidades de las personas, con recursos cuyo contenido glorifique a Jesucristo y promueva principios bíblicos.

ENCUENTRA AL JESÚS VERDADERO
Edición en español publicada por
Editorial Vida – 2009
Miami, Florida

Originally published in the USA under the title:
Finding the Real Jesus
A Guide for Curious Christians and Skeptical Seekers
Copyright © 2008 by Lee Strobel
Published by permission of Zondervan, Grand Rapids, Michigan

Traducción: *Silvia Palacio de Himitian*
Edición: *Orville Swindoll*
Diseño interior: *Words for the World, Inc.*
Diseño cubierta: Leo Pecina

ISBN: 978-0-8297-5369-1

Categoría: Vida cristiana / Crecimiento espiritual

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

09 10 11 12 * 6 5 4 3 2 1

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

La primera vez que me encontré con Frank Walus, yo era periodista del *Chicago Tribune*. Algunos fiscales federales me habían hecho conocer la sorprendente noticia de que este sencillo residente del Sector Sudoeste era en realidad un terrorista nazi que había participado en el asesinato de judíos inocentes en Polonia durante la Segunda Guerra Mundial.

Me pintaron un cuadro truculento. Dijeron que, acompañado por escuadrones nazis de la SS, Walus separaba a los niños de sus padres y luego ayudaba a matarlos disparándoles. Más tarde, trabajando con la Gestapo, supuestamente le había ordenado a una mujer que se desnudara en presencia de sus dos hijas, y como ella se rehusó a hacerlo, le disparó y la mató. Las dos niñas también resultaron muertas. Además, Walus había sido acusado de golpear con una barra de metal a un prisionero judío hasta matarlo dentro de los cuarteles generales de la Gestapo en la localidad.[1]

Los fiscales le entablaron juicio a Walus para despojarlo de su ciudadanía estadounidense sobre la base de que había ocultado su pasado nazi cuando solicitó ser admitido en el país. Durante el juicio, testigos de edad

madura enfáticamente señalaron a Walus como el que había perpetrado atrocidades en las ciudades polacas de Kielce y Czestochowa. Un juez federal declaró corroborados los cargos que le hacía el gobierno, y se ordenó a Walus que renunciara a su ciudadanía.[2]

Resultaba tentador, a la luz de la horrenda imagen que de Walus emergió durante el juicio, unirse a una patrulla ciudadana e irrumpir en el juzgado demandando un castigo rápido y severo para este monstruo. Después de todo, testigos presenciales lo habían identificado como un asesino despiadado, y un juez había dictaminado que el caso en su contra había sido probado a través de evidencia irrefutable. *Pero no vayamos tan rápido.*

Los abogados de Walus presentaron un retrato muy diferente de él. No se trataba de un colaborador de los nazis, dijeron ellos. Más bien Walus mismo había sido una víctima de ellos, ya que se lo transportó en un camión a Alemania, donde se lo obligó a realizar trabajos forzados en granjas de tres pueblos.

También señalaron que no había evidencia corroborada que sustentara lo dicho por los testigos presenciales que habían identificado a Walus como un matón nazi. Y expresaban dudas con respecto a que esos testigos pudieran identificar con precisión a Walus, en aquel entonces de 50 años, basados en los recuerdos de su apariencia de la época en la

que ellos declaraban haberse encontrado brevemente con él, siendo adolescentes, durante la guerra.

Sin embargo, no fue sino después del juicio que el verdadero retrato de Walus tomó contornos nítidos. Su abogado, Charles W. Nixon, encontró una lista de la Cruz Roja en la que aparecían personas que habían sido obligadas a realizar trabajos forzados en Alemania durante la guerra, la que incluía treinta polacos como Walus. Ocho de estos presentaron una declaración jurada testificando que Walus había estado entre ellos.

Luego, un sacerdote alemán y dos ex prisioneros de guerra franceses confirmaron el relato de Walus. Finalmente, un empleado alemán de archivos desenterró una copia de la entrada de Walus con un permiso de trabajo emitido por los nazis en 1940, como una confirmación más de su defensa.

A la luz de estos descubrimientos, los investigadores retiraron todos los cargos en contra de Walus. La nueva evidencia, según lo señaló el juez federal, «exoneraba al acusado de todos los cargos elevados contra él».[3]

«Me alegro de que este caso haya acabado», le dijo Walus a la prensa. «Pero yo lo he perdido todo: mi reputación, mi salud. Lo que me hicieron fue terrible».[4]

En el perturbador caso de Frank Walus, se presentaron dos retratos diametralmente opuestos del mismo individuo. Se contaba con testimonios de apoyo para cada uno de ellos, pero el más dramático de los dos, aunque sustentado por una fuente creíble, se evaporó ante un examen más cuidadoso de los hechos que lo rodeaban.

Para Walus, los efectos resultaron personalmente devastadores. Eso es terrible, pero hay mucho más en juego cuando consideramos los retratos conflictivos de Jesucristo que se promueven y se hacen públicos con entusiasmo en estos días.

Cada vez más, el cuadro tradicional que se tiene de Jesús es sometido a un ataque intelectual violento por parte de ciertos eruditos críticos, historiadores populares, documentalistas de televisión, autores de libros de gran venta, bloggers de Internet, polemistas musulmanes, y comités de expertos ateos. Se están posesionando de la imaginación pública con descripciones de Jesús nuevas y sensacionalistas que guardan escasa semejanza con la imagen abrazada históricamente por la iglesia.

Y si podemos sacar alguna lección a partir del horror que Frank Walus tuvo que soportar, es que una consideración superficial de los hechos simplemente no resulta suficiente. Cuando se trata de un tópico tan importante como la identidad de Jesús, necesitamos ir más

allá de las opiniones, la especulación y el despliegue publicitario para poder hallar el terreno sólido de la evidencia histórica. Finalmente, ¿cuál retrato demostrará ser el más exacto?

Personalmente tengo un sentido de urgencia en lo que hace a investigar estas cuestiones. Después de todo, estas representaciones provocativas de Jesús han confundido a muchos investigadores espirituales que llevan adelante una búsqueda de la verdad con respecto a él. Y en algunos casos, hasta llevan a algunos cristianos a sumirse en un espiral de dudas, una experiencia que revuelve el estómago y que yo he experimentado personalmente.

¿Cuál es el Jesús verdadero?

Como ya lo he descrito en libros anteriores, yo fui un escéptico en cuanto a las cosas espirituales hasta que mi esposa se convirtió al cristianismo en 1979. Impresionado por los cambios que aprecié en su carácter y en cuanto a los valores, decidí usar mi capacitación en lo legal y en lo periodístico para investigar sistemáticamente si el cristianismo (o, para el caso cualquier otra fe) era digna de alguna credibilidad. Luego de casi dos años, concluí que los datos científicos apuntaban poderosamente hacia la existencia de un Creador y que la evidencia histórica de la resurrección establecían fehacientemente que Jesús es divino.[5]

Pero permítanme ahora contarles el resto de la historia:

Siendo un nuevo cristiano, me ofrecí en la iglesia como voluntario para responder las preguntas que presentaran algunas de las personas que asistían a las reuniones que se llevaban a cabo los fines de semana. Un domingo recibí una tarjeta de una muchachita de doce años que decía simplemente que deseaba saber más acerca de Jesús. Cuando la llamé, me preguntó si yo y mi esposa podíamos ir a cenar con ella y su papá.

«¿No te parece lindo?», le dije a Leslie. «¡Va a ser divertido!»

Cuando su padre abrió la puerta, entré y miré hacia la mesita de café de la sala. Sobre ella descansaban pilas de pesados libros. Resultó ser que el hombre era un científico que había dedicado años a estudiar artículos y libros que atacaban la imagen tradicional de Jesús.

Durante horas, entre pizzas y refrescos, él me acribilló con fuertes objeciones, algunas de las cuales yo nunca siquiera había considerado durante mis investigaciones referidas al cristianismo. Oleadas de temblores sacudieron mi fe. De hecho, la cabeza me comenzó a dar vueltas. Sentía una especie de «vértigo espiritual», esa sensación de mareo y desorientación que recorre todo el cuerpo cuando alguien desafía el mismo corazón de nuestra

fe de un modo en el que no logramos darle respuestas.

Un frío me recorrió la espalda. *¡Tal vez él esté en lo cierto! Tal vez no hice todas las preguntas correctas. Tal vez me he tragado todo este asunto del cristianismo a pie juntillas sin haberlo analizado adecuadamente.*

¿Alguna vez han sentido vértigo espiritual? Aquí va una predicción: Si nunca lo han experimentado, probablemente les suceda a ustedes también, y muy pronto, debido a que los desafíos que confrontan nuestra comprensión tradicional acerca de Jesús nos están llegando rápida y furiosamente.

¿Sabían, por ejemplo, que la iglesia ha suprimido evangelios alternativos que presentan a Jesús bajo una luz completamente distinta a la de la Biblia? ¿O que el Nuevo Testamento está tan irremediablemente plagado de errores que no se puede confiar en él? ¿O que Jesús no ha logrado cumplir con las profecías mesiánicas? ¿O que Jesús realmente nunca murió en la cruz ni resucitó de entre los muertos?

Si ustedes son cristianos, ¿qué van a hacer cuando sus hijos, hijas, vecinos o colegas tropiecen con alguna de estas acusaciones y los acribillen a preguntas? Y si son investigadores espirituales, ¿cómo saben que la imagen de Jesús con la que se encuentran en Internet o reciben de sus profesores de la universidad

constituye realmente una descripción exacta de él?

En otras palabras, ¿cuál es el *verdadero* Jesús? Durante dos milenios, el retrato de Cristo pintado por la iglesia ha sido el del *divino* Jesús, el Dios que se hizo hombre. Esto es lo que celebramos en Navidad: Dios se encarnó. Como lo señala el apóstol Pablo: «Él es la imagen del Dios invisible».[6] El apóstol Juan lo pone en forma más poética: «En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios... Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros».[7] Pero ahora los críticos pintan a Jesús de un modo muy diferente. Por ejemplo, está:

- El Jesús *gnóstico*, que es proveedor de una sabiduría secreta en lugar de ser el redentor de la humanidad;
- El Jesús *citado erróneamente*, cuya historia en la Biblia está tan signada por el error que no se puede confiar en ella;
- El Jesús que *fracasó*, y que no pudo cumplir las profecías mesiánicas;
- El Jesús *no crucificado*, que nunca murió en la cruz por los pecados de nadie;
- El Jesús *difunto*, que nunca probó su divinidad levantándose de la tumba.

Algunos de los argumentos que se ofrecen a favor de estas nuevas semblanzas resultan muy persuasivos. Pero Proverbios 18:17 hace esta aguda observación: «El primero en presentar su caso parece inocente, *hasta que llega la otra parte y la refuta*».[8] En otras palabras, el cuadro puede cambiar significativamente cuando escuchamos la otra parte de la historia.

Preguntémosle si no es así a Frank Walus.

Así que, ¿por qué no me acompañan en mi travesía de descubrimiento? Viajaré de Los Ángeles a Charlotte y de Dallas a Halifax para confrontar a algunos eruditos con estas últimas aseveraciones referidas a Jesús. En realidad, este es el tipo de búsqueda al que nos invita la Biblia. El apóstol Pablo nos insta: «Sométanlo todo a prueba, aférrense a lo bueno».[9]

Decidamos desde el principio mantener una mente abierta y vayamos tras los hechos dondequiera que ellos nos lleven, aunque se trate de una conclusión que nos presente desafíos hasta en los niveles más profundos. Al final descubriremos si el retrato tradicional de Jesús es un artículo genuino de un infinito valor, o una imitación barata que debería ser arrojada al tacho de basura de la historia.

CAPÍTULO 1

PRIMER RETRATO: EL JESÚS GNÓSTICO

¿Es un proveedor de sabiduría secreta o el redentor del mundo?

Los documentos del Nuevo Testamento ofrecen una imagen muy clara de Jesús: él es el Hijo de Dios resucitado, que redimió a la humanidad a través de su muerte expiatoria en la cruz.

Sin embargo, estos no son los únicos textos de historia antigua. Varios así llamados evangelios gnósticos desenterrados durante el siglo veinte, incluyendo el Evangelio de Tomás, representan a Jesús de un modo muy diferente. No tiene que ver con simplemente añadirle algunas nuevas pinceladas o algo de sombreado al retrato tradicional de Jesús; en lugar de ello, se trata de un lienzo totalmente distinto y de una nueva semblanza.

Aunque dentro del gnosticismo hay diversidad, el erudito en Nuevo Testamento N.T. Wright dice que los gnósticos históricamente

han sostenido cuatro ideas básicas en común: el mundo es malo, este surgió como producto de un creador malvado, la salvación consiste en ser rescatado de él, y el rescate viene a través de un conocimiento secreto, o *gnosis*, en el griego.[1]

«Lo que se necesita» dice Wright, «es un "revelador" que venga de la esfera del más allá, del mundo espiritual alto y puro, para revelarle a los pocos escogidos el hecho de que tienen dentro de ellos mismos la chispa de la luz, una identidad divina interior escondida en lo profundo...»[2]

Para muchos gnósticos, ese revelador es Jesús de Nazaret que, según su perspectiva, no es el salvador que murió por los pecados del mundo, sino más bien el que imparte una sabiduría secreta que difunde la verdad con respecto a la naturaleza divina que hay dentro de cada uno de nosotros.

El contraste entre el Jesús bíblico y el gnóstico resulta claro y evidente cuando se comparan los Evangelios de Juan y de Tomás.

«Juan dice que podemos experimentar a Dios solo a través de la luz divina encarnada en Jesús,» dice la profesora de religión de Princeton, Elaine Pagels. «Pero ciertos pasajes del Evangelio de Tomás nos conducen a una conclusión muy diferente: que la luz divina del Jesús encarnado es compartida por toda la humanidad, dado que todos fuimos hechos a la imagen de Dios.»[3]

En tanto que Juan enfatiza la resurrección como evidencia de la divinidad de Jesús, «los escritores gnósticos tienden a visualizar... la resurrección y otros elementos de la historia de Jesús, no como acontecimientos literales e históricos, sino como claves simbólicas para una comprensión "superior",» dice el escritor religioso Jay Tolson.[4]

Además, la salvación ofrecida en el Evangelio de Tomás entra en conflicto con los relatos bíblicos. Mientras que la Biblia enfatiza que el perdón y la vida eterna están disponibles gratuitamente para cualquiera que los reciba con arrepentimiento y fe, según la perspectiva gnóstica, «una persona tiene que ser digna de recibir la "sabiduría secreta" de Jesús,» dice Ben Witherington III, del Seminario Teológico Asbury.[5]

Otra vez en contradicción con el Nuevo Testamento, Tomás cita a Jesús diciéndoles a sus discípulos: «Si ustedes ayunan, atraerán el pecado sobre ustedes, y si oran, serán condenados, y si dan limosna, dañaran sus espíritus.»

Y contrariamente a la descripción bíblica de Jesús elevando el estado desvalorizado de la mujer, Tomás lo cita enseñando que «toda mujer que se hace varón entrará al reino de los cielos».[6]

Canadá ya ha visto el nacimiento de su primera iglesia gnóstica.[7] En los Estados

Unidos, «se está dando el crecimiento de un movimiento gnóstico, inconexo y sin organización», según dicen Richard Cimino y Don Lattin en su examen de la espiritualidad norteamericana.[8]

«El factor gnóstico puede encontrarse en el crecimiento de las enseñanzas y movimientos ocultistas y esotéricos, en los que el acceso a los secretos sobrenaturales está disponible a través de la iniciación individual y de la experiencia, más que a través de textos o doctrinas reveladas públicamente», dicen ellos.[9]

Entonces, ¿cuál de los retratos de Jesús es el verdadero? ¿Es el unigénito Hijo de Dios, o se trata de «una representación o de la voz de una superalma enviada para enseñar a los humanos a descubrir la chispa sagrada que tienen adentro»?[10] En el mismo corazón de esta controversia está la confiabilidad de los evangelios gnósticos que han sido descubiertos durante las últimas seis décadas. ¿Cuentan ellos una historia más fidedigna de Jesús que el Nuevo Testamento?

Para obtener respuestas, volé a Nueva Escocia, Canadá, para entrevistar a un historiador del Nuevo Testamento que es respetado igualmente por los liberales y los conservadores. Craig A. Evans llegó a la Universidad Acadia en 2002, luego de pasar más de veinte años como profesor de la Universidad Trinity Western, donde fundó el Instituto de los Rollos del Mar Muerto. Obtuvo su doctorado en estudios bíblicos en la Universidad Claremont Graduate y ha escrito y editado más de cincuenta libros, entre los que se encuentra *Fabricating Jesus: How Modern Scholars Distort the Gospels* [Fabricando a Jesús: La manera en que los eruditos modernos distorsionan los evangelios].[11]

Una evaluación de los documentos antiguos

Le pedí a Evans que expusiera los criterios que utilizan los historiadores para determinar si un texto antiguo es confiable.

—La primera cuestión que se presenta es: «¿Cuándo fue escrito?» —me dijo—. Si el documento trata acerca de Alejandro Magno, ¿fue escrito durante el transcurso de la vida de los que lo conocieron? Lo mismo con respecto al Nuevo Testamento. Existe una tremenda diferencia entre un evangelio escrito en el año 60 d.C. (unos treinta años luego del ministerio de Jesús) y otro documento escrito en el año 150 d.C.

—Si el Evangelio de Marcos fue escrito alrededor del año 60, entonces fue redactado dentro de los términos de la vida de numerosas personas que pueden haber conocido a Jesús y haberlo escuchado enseñar. Esto ya tiene un efecto correctivo. Pero si el documento fue escrito sesenta, ochenta o cien años después, entonces ya se ha cortado la cadena. Aunque no resulta

imposible que un documento escrito mucho tiempo después pueda contener material auténtico, eso presenta muchos más problemas.

—Un segundo tema —continuó diciendo— tiene que ver con la conexión geográfica. Por ejemplo, un documento escrito en el Mediterráneo oriental resulta más prometedor que otro escrito en España o Francia a mitad del segundo siglo.

—Una tercera cuestión tiene que ver con la exactitud cultural del documento, en términos de sus alusiones a la política y a los acontecimientos contemporáneos. Esto pone en evidencia a los documentos falsificados que declaran haber sido escritos en una etapa más temprana que aquella en la que realmente fueron redactados. Cuando nos encontramos con un escritor del segundo o tercer siglo que pretende narrar algo de lo que Jesús hizo, a menudo sucede que muestra desconocer los detalles correctos del suceso.

—Luego están las cuestiones referidas a la motivación. ¿El escritor tiene algún interés particular o personal en el asunto? Cuando consideramos los documentos del Nuevo Testamento, encontramos que siguen una agenda: reafirman que Jesús es al Mesías, el Hijo de Dios. Pero también realizan todo tipo de afirmaciones que pueden ser evaluadas. ¿Muestran exactitud cultural? ¿Son fieles a lo que nosotros ya conocemos a partir de otras

fuentes históricas? ¿Fueron escritos en un tiempo y lugar que guardaba cierta proximidad con la vida de Jesús? La respuesta es que sí.

—Cuando consideramos otros evangelios, las respuestas a estas preguntas son casi siempre un no. Fueron escritos en un período posterior; son demasiado tardíos para ser confiables desde un punto de vista histórico. Fueron redactados en otros lugares dentro de contextos extraños y ajenos. Descubrimos inexactitudes en puntos clave. Notamos que derivan de otras fuentes más tempranas. A veces encontramos que lo que se buscaba promover era una filosofía, como la del gnosticismo.

Cristianismo o cristianismos

—Algunos eruditos proponen para estos otros evangelios fechas de origen muy tempranas —le dije—. Eso apoya su afirmación de que el cristianismo del primer siglo presentaba una amplia gama de doctrinas diferentes (todas igualmente legítimas) y que el ala ortodoxa, más poderosa, aplastó a los otros movimientos cristianos también válidos. ¿Es verdad que el cristianismo primitivo constituía un crisol fluido de diferentes perspectivas con respecto a Jesús?

—Eso no tiene nada de cierto —afirmó Evans—. Es producto de una agenda moderna; una agenda multicultural y políticamente correcta, motivada por el hecho de mostrar

simpatía a los grupos marginales. La cuestión que surge es esta: ¿Qué sucedió realmente durante el primer siglo? ¿Cuáles son los hechos?

Ahí irrumpí yo.

—¿Y cuáles *son* los hechos? —pregunté.

—Bueno, el movimiento cristiano primitivo ciertamente tuvo desacuerdos sobre esto y aquello. Pero no se trataba de distintos «cristianismos». No había un cristianismo que creía que Jesús era el Mesías y otro cristianismo que no; un cristianismo que pensaba que él era divino y otro que estaba en desacuerdo con eso; un cristianismo que creía que él había muerto en la cruz en pago por el pecado y otro que se burlaba de ello. Esa es una tontería.

—Sin embargo, notamos que el Nuevo Testamento habla sobre controversias durante el primer siglo —objeté.

—Sí, y el Nuevo Testamento analizó esos desacuerdos con toda franqueza cuando ocurrieron, y son temas como la circuncisión, la cuestión de si los cristianos pueden comer carne sacrificada a los ídolos, tensiones como estos —admitió—. Pero no se trata de cosas como aquellas sobre las que hacen afirmaciones los eruditos. Están tratando de introducir de contrabando una comprensión mística, gnóstica de Dios y de la vida cristiana dentro del primer siglo, siendo que los cristianos del primer siglo ni siquiera habían escuchado acerca de estas cosas.

—Entonces el mensaje central del cristianismo afirmaba…

—Que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios, el que cumplió las Escrituras, el que murió en la cruz y de ese modo salvó a la humanidad, el que se levantó de los muertos: esas eran las cuestiones centrales que no estaban sujetas a discusión —me dijo.

La mención hecha por Evans al gnosticismo resulta apta para abrirnos paso a la consideración del texto alternativo más mentado: el Evangelio de Tomás.

PRIMER DOCUMENTO: EL EVANGELIO DE TOMÁS

—La historia conserva por lo menos media docena de referencias que señalan que hubo un evangelio supuestamente escrito por Tomás —dijo Evans respondiendo a mi pregunta con respecto al documento—. Y, de paso, no se creyó ni por un minuto que ese evangelio realmente se remontara hasta Tomás el discípulo, ni que fuera auténtico, ni de la primera hora. Nadie dijo: «Muchachos, espero que podamos encontrar el evangelio perdido de Tomás porque se trata de un tesoro». Lo que se dice es que «alguien cocinó esto bajo el nombre de Tomás, pero nadie cree que haya sido él».

En 1945, se descubrió en Egipto una copia del Evangelio de Tomás escrito en copta, entre trece códices encuadernados en cuero y

preservados en una tinaja, según lo expresado por Evans.

—Lo que resulta particularmente interesante es que la mayor parte del material de Tomás encuentra un paralelo en Mateo, Marcos, Lucas, Juan, y en ocasiones a Pablo y otras fuentes. Más de la mitad de los escritos del Nuevo Testamento se citan, se establece un paralelo con ellos, o se hace alguna alusión a su contenido en el libro de Tomás.

—¿Qué le revela eso? —le pregunté.

—Me dice que es tardío —me respondió—. No conozco ningún escrito cristiano anterior al año 150 que haga tantas referencias al Nuevo Testamento. Consideremos las Epístolas de Ignacio, obispo de Antioquía, escritas alrededor del año 110 d.C. No contiene citas ni de la mitad del Nuevo Testamento. Entonces llega el Evangelio de Tomás y muestra estar familiarizado con catorce o quince de los veintisiete escritos del Nuevo Testamento.

Levanta las cejas y agrega

—¿Y la gente quiere fecharlo a mediados del primer siglo? ¡Vamos!

Lo interrumpí.

—Elaine Pagels me dijo que ella ha tomado lo que llama una «perspectiva conservadora» en cuanto a la fecha y la coloca entre los años 80 y 90. Stevan L. Davies dice que el escrito de Tomás «es completamente independiente de los Evangelios del Nuevo Testamento; que

muy probablemente ya existiera antes de que aquellos fueran escritos. Y que se debería fechar entre los años 50 y 70».[12]

—¡Oh, eso es absurdo!

Sin inmutarme, continué diciendo

—John Dominic Crossan dice que el texto que tenemos al presente emergió alrededor de los años 60 o 70, pero que una edición anterior se remonta bastante más atrás, hasta los años 50.[13] Si está en lo correcto, eso significa que el escrito de Tomás contiene material muy temprano. ¿Está equivocada esa gente?

—Están equivocados por varias razones —me dijo—. En primer lugar, como ya lo expliqué, el escrito de Tomás incluye demasiado del Nuevo Testamento. No solo eso, sino que muestra ciertas formas que reflejan el desarrollo posterior de Lucas y Mateo.

—Explíqueme lo que quiere decir —le respondí.

—Mateo y Lucas en algunos casos mejoran la gramática y la elección de términos hecha por Marcos. El Evangelio de Marcos no fue pulido en términos de gramática griega y estilo, en tanto que los de Mateo y Lucas son mucho más pulidos. Y en el Evangelio de Tomás descubrimos en los dichos de Jesús esas formas más pulidas de Mateo y Lucas. Así que el escrito de Tomás no hace referencia al Evangelio más temprano de Marcos sino a los posteriores de Mateo y Lucas. También

encontramos referencias al material propio que solo se encuentra en Mateo o en Lucas, acerca de los cuales los eruditos piensan que son posteriores y no anteriores a Marcos.

—Y Tomás contiene material tomado del Evangelio de Juan. ¿Cómo puede haber sido escrito en los años 50 y 60 y sin embargo contener el material juanino que no se escribió hasta los años 90? La cosa se pone aun peor cuando descubrimos que parte del material refleja ciertos desarrollos *sirios*.

Nuevamente le pedí que me explicara.

—Los Evangelios fueron publicados en idioma griego —me dijo—. Por ese entonces, el cristianismo ya se había extendido a grupos de personas con distintos idiomas. Por supuesto, se expandió hacia el este, donde la gente hablaba una forma del arameo llamado siríaco.

—¿De modo que los Evangelios fueron traducidos al siríaco?

—No de inmediato. Hubo un hombre llamado Tatian que desarrolló una armonía escrita de Mateo, Marcos, Lucas y Juan en el año 175. Se la conoce como el *Diatessaron*, lo que significa «a través de los cuatro». Lo que hizo fue combinar los cuatro Evangelios en uno, y presentarlos en siríaco. De ese modo, los primeros cristianos de lengua siríaca que tuvieron acceso a los Evangelios no lo hicieron en forma separada a los escritos de Mateo,

Marcos, Lucas y Juan, sino de un modo combinado y armonizado.

—Al combinar las expresiones de los cuatro Evangelios, Tatian creó algunas formas nuevas, debido a que estaban tomadas en parte de Mateo, en parte de Lucas o de alguno de los otros. Y aquí nos encontramos con el argumento decisivo: esas formas siríacas distintivas aparecen en el Evangelio de Tomás.

—Y lo que es más, un estudio realizado por Nicholas Perrin ha descubierto que en ciertos lugares el Evangelio de Tomás muestra estar familiarizado con el ordenamiento y arreglo del material del *Diatessaron*. Todo eso significa que debe haber sido escrito con *posterioridad* al *Diatessaron* del año 175. Ahora todo comienza a cerrar. Por supuesto, el escrito de Tomás muestra conocer más de la mitad del Nuevo Testamento. Hacia finales del segundo siglo se estaba en una situación de poder conocer hasta allí. Y Tomás también refleja ideas sirias».

—¿Cómo cuáles?

Evans a su vez me respondió con otra pregunta.

—¿De qué manera se refiere el Evangelio de Tomás a Tomás.

—Como Judas Tomás —propuse.

—Correcto —me dijo—. Encontramos ese nombre en la iglesia siria, y en ningún otro lado. La iglesia siria también había incursionado

bastante en el ascetismo. No les gustaba la posesión de riquezas. No les gustaban los hombres de negocios y el comercio. Eso aparece en el escrito de Tomás. Estaban embarcados en el elitismo y el misticismo. Y, ¿a que no adivinan? ¡Eso también aparece en el libro de Tomás!

—Pero aquí viene la evidencia más interesante. Si uno lee el escrito de Tomás en griego o en copta, parecería que los 114 dichos (de Jesús) no aparecen en un orden determinado. Pero si se los traduce al siríaco, emerge algo muy interesante. De repente se descubren más de quinientas palabras sirias clave que unen virtualmente los 114 dichos, con la finalidad de ayudar a la gente a memorizar el evangelio.[14] En otras palabras, el dicho número 2 es seguido por el 3 porque el 2 contiene una palabra que también aparece en el 3. Y el dicho 3 tiene cierta palabra que conduce al dicho 4. Se trata de una ayuda de memoria.

—Así que contamos con dichos claramente siríacos, notamos que a Tomás se lo llama Judas Tomás, contamos con palabras claves en siríaco, y descubrimos un conocimiento de más de la mitad del Nuevo Testamento. ¿A qué nos conduce todo eso? Todo indica que el Evangelio de Tomás fue escrito a finales del segundo siglo, no antes del año 175, y probablemente más cerca del año 200.

Le pregunté: —¿Y qué del argumento que señala que hubo una edición más temprana de

Tomás, que incluía elementos más antiguos, que han quedado encubiertos en el texto?

—Obviamente, el escrito de Tomás se apoya en algunas tradiciones heredadas. Así que, sí, hay algún material anterior dentro de él», me dijo. «Pero al decir que hubo un Evangelio de Tomás más temprano (una unidad coherente, completa, diferenciada), se está afirmando algo para lo cual hay que tener evidencias. Francamente, no se cuenta con tal evidencia.

—¿Piensa usted que existe algún argumento legítimo por el cual el escrito de Tomás deba ser incluido en la Biblia? —le pregunté.

—No. Lo siento, pero no puede ser incluido —insistió—. Si el escrito de Tomás fuera incluido, entonces, ¿por qué no el *Diatessaron*, dado que constituye su fuente? ¿Y por qué no cualquier otra mezcolanza escrita por alguien a finales del segundo siglo, que utilizara material de fuentes de segunda y tercera mano, los combinara y creara un escenario falto de autenticidad? Mateo, Marcos, Lucas y Juan fueron anteriores a todos esos otros evangelios, y cuentan con conexiones creíbles con fuentes de la primera generación apostólica, y con testigos presenciales. La única manera de negarlo es decir: Bueno, no me importa lo que indiquen las evidencias.

SEGUNDO DOCUMENTO: EL EVANGELIO DE MARÍA

Popularizado por la novela de Dan Brown, *El código Da Vinci*, el Evangelio de María se ha puesto cada vez más de moda, en especial entre las mujeres que interpretan que valida el liderazgo femenino dentro de la iglesia.

—¿Existe alguna conexión histórica con la misma María?», le pregunté a Evans.

—Ningún erudito serio y competente diría que María Magdalena redactó ese evangelio que ahora lleva su nombre.

—¿Se le adosó su nombre para legitimarlo? —pregunté.

—Con seguridad. Eso es lo que harían los gnósticos. En contraste con ello, los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas circularon anónimamente. Todos sabían que eso era lo que Jesús había enseñado, así que no existía mucha preocupación por quién había sido el que lo había escrito. Pero los Evangelios del segundo siglo y los posteriores le adosaban un nombre del primer siglo para intentar amarrar los cordones de su credibilidad, dado que lo que decían no sonaba a Jesús.

—Usted dataría el Evangelio de María durante el segundo siglo?

—Sí, probablemente entre los años 150 y 200 —respondió—. Y francamente, eso no es objeto de controversias. Los eruditos prácticamente se muestran unánimes al respecto.

No hay nada confiable que nos lleve a trazar sus orígenes hasta el primer siglo, o hasta el Jesús histórico, o hasta la María histórica.

TERCER DOCUMENTO: EL EVANGELIO DE JUDAS

En el año 2006, Evans estuvo entre los eruditos bíblicos que develaron la cuestión del largamente perdido Evangelio de Judas, descubierto hacia fines de 1970, y que recorrió un largo camino hasta acabar convirtiéndose en el centro de un intenso interés mundial.

Las pruebas de carbono 14 fecharon ese papiro entre los años 220 y 340 d.C., aunque muchos eruditos se inclinan más por los años 300 a 320. El evangelio original, sin embargo, fue escrito antes del año 180, que es cuando Ireneo, uno de los padres de la iglesia, advirtió en contra de esta «historia ficticia».[15]

Su declaración más sensacional se refiere a que Judas Iscariote fue el mayor de los discípulos de Jesús, el único que pudo comprender las enseñanzas más profundas de Cristo, y que los dos habían conspirado juntos para arreglar la traición de Jesús. Se cita a Jesús diciendo: «Tú los sobrepasarás a todos, porque sacrificarás al hombre que me viste.» Si fuera verdadero, arrojaría sobre Judas y Jesús una luz muy diferente de la aceptada tradicionalmente.

—Hay algo que pueda considerarse histórico con respecto a Jesús y Judas en este documento? —pregunté.

—Probablemente, no —señaló Evans—. Notemos, de paso, que el documento se titula el «Evangelio *de* Judas», y no el «Evangelio *según* Judas», tal como lo hacen los evangelios del Nuevo Testamento. Así que quienquiera que haya escrito este documento puede haber querido indicar que no se debe entender a Judas como el autor del evangelio, sino que éste constituye un evangelio *sobre* Judas. De cualquier modo, fue escrito mucho después de la muerte de Judas. Pero aun así, tiene significación histórica.

—¿Cómo es eso?

—Nos dice que Ireneo sabía de lo que hablaba cuando escribió acerca de que este evangelio existía, lo que constituye otro punto a favor de su credibilidad. Nos dice bastante con respecto al gnosticismo del segundo siglo y quizá de un grupo denominado los *cainitas*, que nos resultan un poco misteriosos.

—¿Qué es lo que ellos creían?

—Se identificaban con los villanos de la Biblia —me dijo—. Creían que el dios de este mundo era malo, y que realmente solo podía ser un héroe cualquiera de aquellos a los que él odiara. Así que iban detrás de Caín, Esaú, la gente de Sodoma; y, naturalmente, Judas encaja allí de modo natural. Específicamente, hasta qué punto es positiva la imagen de Judas delineada en este nuevo texto, es una cuestión a dilucidar.

Le dije:

—Usted y los otros eruditos han sido cuidadosos en cuanto a advertir que este evangelio realmente no nos comunica nada confiable con respecto a Jesús o a Judas. Pero yo he notado por ahí todo tipo de especulaciones insensatas. ¿Le preocupa eso?

—Desafortunadamente, eso refleja lo que ya hemos visto con respecto a algunos de estos otros evangelios —me respondió—. Solo porque algo aparezca en la pantalla o en un libro, eso no significa que sea verdad. Yo advierto a la gente que procuren aplicar las pruebas históricas que he mencionado anteriormente y que luego traten de emitir un juicio bien razonado en lugar de dejarse influenciar por algunas irresponsables teorías de conspiración y otras tonterías históricas.

Un examen a los cuatro Evangelios de la Biblia

Todo esto me lleva de nuevo a Mateo, Marcos, Lucas y Juan. ¿Salen airosos estos Evangelios cuando se los sujeta a un escrutinio histórico? Le pregunté a Evans acerca de cuáles consideraba como los mejores criterios para evaluar su confiabilidad.

—Uno de los criterios que los historiadores utilizan es la multiplicidad de testigos —me respondió—. En otras palabras, cuando dos o tres de los Evangelios dicen lo mismo independientemente (como suelen hacerlo) eso entonces traslada todo el peso de realizar las comprobaciones a los que señalan que todo ha sido inventado. También está el criterio de la coherencia. ¿Son coherentes los evangelios con todo lo que conocemos acerca de la historia y de la cultura de Palestina durante los años 20 y 30 d.C.? En verdad podemos decir que están llenos de detalles que se pueden considerar correctos, gracias a ciertos descubrimientos arqueológicos.

—Luego está la cuestión de la fecha. Los sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) fueron escritos durante el lapso de una generación a partir del ministerio de Jesús; Juan lo hizo dentro del límite de dos generaciones. Eso nos anima a entender que son confiables, debido a que fueron escritos en un plazo muy cercano a los acontecimientos, de modo que no podrían haber salido airosos transmitiendo una sarta de mentiras. Y no encontramos que hubiera personas antagónicas a los evangelios o que repudiaran o refutaran lo que ellos decían.

—Y luego contamos con el tesoro maravilloso, del punto de vista de cualquiera de los historiadores. Julio César murió en el 44 a.C., y el historiador Suetonio habló acerca de él en los años 110-120 d.C. Eso constituye

una diferencia de 155 a 165 años. Tácito hizo lo mismo. Los Evangelios lo han hecho mucho mejor.

—¿Qué fechas indicaría usted en cuanto a su redacción?

—Se han presentado argumentos muy convincentes en cuanto a los tres sinópticos a favor de fechar su redacción entre los años 50 y 60. Yo personalmente colocaría el primer Evangelio, Marcos, en los años 60. Creo que Marcos debe haber sido escrito bajo la sombra de la guerra judeo-romana de los años 66-70. Jesús dice en Marcos 13:18: «Oren para que esto no suceda en invierno». Bueno, no sucedió en invierno; sucedió en verano. Esta frase tiene sentido si Marcos vio la luz cuando la guerra estaba en marcha o a punto de suceder. Pero si se hubiera escrito en los años 71 o 72, como algunos han especulado, sería raro que se hubiera incluido esta declaración.

Lo interrumpí.

—Pero sea que Marcos se haya escrito en los años 50 o 60, usted sugiere igualmente una fecha muy temprana.

—Sí, absolutamente. Jesús murió entre los años 30 y 33 d.C.; muchos eruditos se inclinan más por el año 33. Eso significa que cuando el Evangelio de Marcos se redactó, algunos de los seguidores y discípulos más jóvenes de Jesús tendrían unos 50 o 60 años. Otras personas de 30 y 40 años deben haber crecido

escuchando las historias acerca de Jesús de parte de testigos presenciales. La densidad del número de testigos resulta muy significativa. Y, por supuesto, no olvidemos que la mayoría de los escritos de Pablo fueron redactados con anterioridad a los Evangelios.

—Entonces, ¿cuál es su evaluación en cuanto a su confiabilidad?

—Yo diría que los Evangelios son esencialmente confiables, y hay una gran cantidad de otros eruditos que están de acuerdo. Tenemos todas las razones a favor para concluir que los evangelios informan con exactitud y justicia acerca de los elementos esenciales de las enseñanzas, vida, muerte y resurrección de Jesús.

—Son lo bastante tempranos, están arraigados en las corrientes adecuadas que se remontan hasta Jesús y la gente original, tienen continuidad, hay proximidad, se han verificado ciertos puntos específicos a través de la arqueología y otros documentos, y existe una lógica interna. Eso es lo que les da consistencia.

Finalmente, era difícil estar en desacuerdo. La imagen distorsionada de Jesús promovida por los gnósticos simplemente se desvanece como un espejismo cuando se la expone a un escrutinio, en tanto que una vez más la imagen bíblica de Jesús se vuelve aun más cierta cuando examinamos los hechos.

CAPÍTULO 2

SEGUNDO RETRATO: EL JESÚS CITADO ERRÓNEAMENTE

Su historia, que aparece en la Biblia, ¿está irremediablemente plagada de errores?

Por favor, ayúdenme. Acabo de leer el libro de Bart Ehrman, *Misquoting Jesus* [Jesús citado erróneamente]. Fui criada en la iglesia y ahora tengo 26 años. Este libro ha devastado mi fe... *¿Está en lo correcto Ehrman?*[1]

Este fue uno de los ruegos que recibí como consecuencia del oleaje que despertó ese libro de gran éxito de ventas escrito por Ehrman, director del departamento de estudios religiosos de la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill. Ehrman, que se describe a sí mismo como un cristiano convertido en agnóstico, es un «crítico textual», un erudito que analiza los manuscritos bíblicos para determinar lo que las copias originales (hace ya mucho convertidas en polvo) decían realmente.

Hasta la invención de la prensa, los escribas hacían copias manuscritas del Nuevo Testamento. Los errores resultaban inevitables; de hecho, Ehrman informó que existen entre 200.000 y 400.000 «variaciones», o diferencias, entre los manuscritos.[2]

«¿De qué nos sirve decir que la Biblia es la palabra de Dios libre de errores si en realidad no tenemos las palabras que Dios inspiró de manera inequívoca, sino las palabras copiadas por los escribas, en ocasiones correctas pero en otras ocasiones (¡muchas de ellas!) incorrectas?», escribió Ehrman.[3]

Además, los lectores quedaron asombrados cuando Ehrman descartó la autenticidad de la famosa historia de Jesús perdonando a la mujer adúltera, los últimos doce versículos de Marcos que describen las apariciones de Jesús posteriores a la resurrección, y el pasaje más claro de la Biblia sobre la Trinidad.

¿Se puede confiar en el retrato que ofrece la Biblia sobre Jesús, o está tan signado por el error que no puede resultar exacto? Para descubrirlo, volé a Dallas a fin de entrevistar a otro renombrado crítico textual, Daniel B. Wallace, profesor de estudios del Nuevo Testamento en el Seminario Teológico Dallas, y director ejecutivo del Centro para el Estudio de los Manuscritos del Nuevo Testamento.

Wallace había realizado estudios post doctorales en Tyndale House, Cambridge, así como en la Universidad Tübingen y en el *Institut für Neutestamentliche Textforschung*. Es editor en jefe de Nuevo Testamento para la Biblia NET y coautor de diversos libros, incluyendo *Reinventing Jesus* [Reinventar a Jesús]. Wallace es muy conocido por su libro de texto *Greek Grammar Beyond the Basics* [Gramática griega más allá de lo básico], utilizado por muchas escuelas que enseñan griego intermedio, incluyendo instituciones como Yale, Princeton y Cambridge.

Desafiar nuestros prejuicios

Llegué a lo de Wallace y nos sentamos en unos sillones en su biblioteca de dos pisos, que tiene una capacidad como para seiscientos libros.

—Un erudito señaló que Ehrman «tiene fuertes intereses particulares»[4] —le dije—. Pero, ¿no constituye eso un arma de dos filos? Los eruditos que argumentan a favor de la confiabilidad del Nuevo Testamento también pueden ser acusados de prejuiciosos.

—No se puede interpretar el texto sin tener ciertos prejuicios, pero debemos desafiar esos prejuicios al máximo posible —respondió Wallace—. Una manera de hacerlo es buscar puntos de vista que sean compartidos por más de un grupo de personas. El hecho es que los eruditos del amplio espectro teológico dicen que en todo lo esencial (no en cada aspecto particular, sino en *todo* lo esencial) los ma-

nuscritos del Nuevo Testamento que tenemos se remontan a los originales.

—Ehrman forma parte de una muy pequeña minoría de críticos textuales que sustentan lo que él dice. Francamente, no creo que él haya desafiado sus prejuicios; en lugar de ello, creo que los ha alimentado. Los lectores acaban teniendo más dudas acerca de lo que la Biblia dice que las que cualquier crítico textual haya tenido jamás. Pienso que Ehrman simplemente ha exagerado su punto.

Una sobreabundancia de riquezas

Al reconstruir el texto original del Nuevo Testamento, los eruditos cuentan con miles de manuscritos con los que trabajar. Cuántas más copias haya, más fácil resulta discernir el contenido del original. Dada la centralidad que tiene esto para la crítica textual, le pedí a Wallace que hablara acerca de la cantidad y calidad de documentos del Nuevo Testamento que existen.

—Es muy simple: contamos con más testigos para el texto del Nuevo Testamento que para cualquier otra pieza de literatura griega o latina antigua. ¡Realmente se trata de una superabundancia de riquezas! —señaló.

—Tenemos más de 5.700 copias del Nuevo Testamento en griego. Existen otras 10.000 copias en latín. Y luego hay versiones en otros idiomas: copta, siríaco, armenio, georgiano, y

otros. Se estima que llegan a las 10.000 o 15.000. Así que contamos con entre 25.000 y 30.000 copias manuscritas del Nuevo Testamento.

—¿Pero muchas de ellas no son meros fragmentos?

—Una gran mayoría de estos manuscritos son completos, según los propósitos que los escribas se hubieran fijado. Por ejemplo, algunos manuscritos solo fueron planeados para incluir los Evangelios; otros, para contener las cartas de Pablo únicamente. Apenas sesenta de los manuscritos griegos cuentan con el Nuevo Testamento completo, pero eso no implica que la mayoría de los manuscritos sean fragmentarios.

Wallace agrega que además

—Los antiguos padres de la iglesia citaban con tanta frecuencia el Nuevo Testamento que sería posible reconstruirlo prácticamente entero a partir solo de sus escritos. Contando todas, existen más de un *millón* de citas del Nuevo Testamento en sus escritos. Estas se encuentran desde fechas tan tempranas como el primer siglo, y continúan hasta el siglo décimo tercero.

—La cantidad y calidad de los manuscritos del Nuevo Testamento no tiene igual en el antiguo mundo greco romano. Los autores griegos promedio cuentan con menos de veinte copias de sus trabajos en existencia hoy, y estos tienen una antigüedad menor, ya que su

aparición es entre quinientos y mil años posterior a los originales. Si apiláramos las copias de sus obras una encima de la otra, su altura no excedería en mucho a un metro veinte centímetros. Apilemos las copias del Nuevo Testamento y llegaremos a una altura de más de un kilómetro y medio; y vuelvo a decir, eso no incluye las citas de los padres de la iglesia.

Le pregunté a Wallace acerca de las fechas de los documentos.

—Alrededor del diez por ciento de esos manuscritos nos vienen del primer milenio —señala—. Tenemos casi cincuenta manuscritos en griego solo de los tres primeros siglos.

Un famoso fragmento, según él me dijo, es un papiro que contiene Juan 18:31–33 y 18:37–38. Descubierto en 1934, se lo ha fechado entre los años 110 y 150 d.C., prefiriéndose la fecha más temprana. Uno de los expertos lo fecha en los años 90. Esto destruye la afirmación de los liberales que señalan que Juan no fue escrito hasta los años 160 o 170.

—¿Es ese el único fragmento del segundo siglo? —pregunté.

—No solo no es el único, sino que en los últimos cinco años se han encontrado por lo menos tres o cuatro más, correspondientes al segundo siglo, en un museo de Oxford. Se obtuvieron en excavaciones realizadas en 1906, y estuvieron descansando allí por casi un siglo. Hasta la fecha tenemos entre diez

y quince papiros del segundo siglo. ¡Resulta absolutamente asombroso!

—Y aun cuando son fragmentarios, no siempre son pequeños. Por ejemplo, tenemos el P^{66}, que corresponde a mediados del segundo siglo, o tal vez a sus finales y contiene casi todo el Evangelio de Juan. P^{46}, que está fechado alrededor del año 200 d.C., contiene siete de las cartas de Pablo y Hebreos. P^{75}, que es de la última parte del segundo siglo o de la primera del tercero, incluye a Juan y a Lucas casi completos. P^{45} también es temprano, y consiste de extensas porciones de los cuatro Evangelios, o sea que se trata de una cantidad substancial de evidencia.

—Así que entonces tenemos una distancia realmente muy pequeña entre los papiros más antiguos y los documentos del Nuevo Testamento —le dije.

—Correcto. No hay comparación con otros casos —me respondió—. Algunos grandes historiadores tienen una brecha de trescientos años antes de lograr tener una astilla de un fragmento, y luego deben esperar otros mil años para ver alguna otra cosa.

Explicación de las variaciones

Ehrman informó que había entre 200.000 y 400.000 variaciones entre los manuscritos del Nuevo Testamento. Esta era una noticia vieja para los críticos textuales, pero sacudió al pú-

blico. ¿Esas variaciones en realidad ponen en peligro el retrato que hace la Biblia de Jesús?

—Si algún manuscrito o cita de algún padre de la iglesia tiene una palabra diferente en un determinado lugar, eso se considera una variación textual —señaló Wallace—. Si tenemos mil manuscritos que, por ejemplo, tienen la palabra «Señor» en Juan 4:1, y todo el resto de los manuscritos tiene «Jesús», todo eso se cuenta como una sola variación. Si un solo manuscrito del siglo décimo cuarto tiene mal escrita una palabra, eso también se cuenta como una variación.

—Por lejos, las variaciones más comunes son los errores de ortografía, aun cuando el error de ortografía en el griego no hace absolutamente ninguna diferencia en cuanto al sentido de la palabra —me dijo.

—Por ejemplo, la variante textual más común tiene que ver con lo que se denomina una «*nu* móvil». La letra griega *nu* (o «n») se coloca al final de una palabra cuando la siguiente comienza con una vocal. Es como en el inglés, cuando aparece el artículo indefinido: se escribe *a* si la palabra que sigue comienza con consonante, y *an* si la palabra que sigue comienza con vocal (*a* book, *an* apple). Sea que la nu aparezca o no en esas palabras, no afecta su significado. Sin embargo, se registran todas esas palabras como variaciones textuales.

—Otro ejemplo es que cuando aparece el nombre de Juan se lo escriba con una o con dos enes. Hay que registrarlo como una variación textual; pero su traducción en español es siempre «Juan». No produce ninguna diferencia. Algo así como entre el setenta y el ochenta por ciento de todas las variaciones textuales tienen que ver con diferencias en la ortografía que ni siquiera se pueden traducir a otros idiomas y tienen cero impacto sobre el significado.

Yo hice un cálculo mental. Tomando el estimativo más alto de las posibles variaciones, 400.000, eso significaría que entre 280.000 y 320.000 serían diferencias de ortografía, sin consecuencia alguna sobre el texto.

—Luego tenemos errores tontos, en los que algún escriba distraído ha cometido una equivocación que se detecta fácilmente como un error descabellado —señaló—. Por ejemplo, en un manuscrito que está en el Instituto Smithsoniano, un escriba colocó la palabra «y» en lugar de poner «Señor». Resulta obvio que la palabra «y» no encaja dentro del contexto. Así que en esos casos resulta fácil reconstruirlo con la palabra correcta.

—También hay variaciones que involucran sinónimos. ¿Cómo dice Juan 4:1, «Cuando, pues, Jesús entendió», o «Cuando, pues, el Señor entendió»? No estamos seguros cuál es la que se remonta al original, pero ambas palabras son verdaderas. Muchas de las variaciones

tienen que ver con la práctica griega de utilizar un artículo definido junto a un nombre propio, cosa que no hacemos en español. Por ejemplo, un manuscrito puede referirse a «la María» y otro escriba puede haber escrito simplemente «María». De nuevo aquí no se produce ningún impacto sobre el significado, pero se consideran como variaciones.

—Además de todo eso, tenemos variaciones que ni siquiera se pueden traducir al español. El griego es un idioma que se declina. Eso implica que el orden en que se colocan las palabras en griego no es tan importante como lo es en castellano. Por ejemplo, hay dieciséis diferentes maneras de decir en griego «Jesús ama a Pablo», pero se traducirían al castellano siempre de la misma manera. Sin embargo, se cuenta como variación textual el que haya diferencias en el orden en que aparecen las palabras, aunque el sentido no se vea afectado.

—Así que si consideramos que hay entre 200.000 y 400.000 variaciones, ¡me sorprende que sean tan pocas! —señaló—. ¿Cuál podría ser el número potencial de ellas? Decenas de *millones*! Parte de la razón por la que tenemos tantas variaciones es porque contamos con tantos manuscritos. Y nos alegramos de tener tantos manuscritos: nos ayudan inmensamente en la labor de remontarnos hacia el original.

—¿Cuántas de las variaciones textuales realmente introducen diferencias? —le pregunté.

—Solo alrededor del uno por ciento de las variaciones son significativas (lo que implica que afectan el sentido del texto en cierta medida) y viables (lo que significa que tienen alguna posibilidad de remontarse al texto original). Pero la mayoría de estas no son realmente muy significativas —me dijo.

—Quiero mencionar dos de las cuestiones más conocidas. Una tiene que ver con Romanos 5:1. ¿Lo que dijo Pablo fue: «*tenemos* paz» o «*tengamos* paz»? La diferencia en el griego es de una letra. Los eruditos están divididos sobre esto, pero el punto importante es que ninguna de las dos variantes contradice las enseñanzas de las Escrituras.

—Otro famoso ejemplo es 1 Juan 1:4. El versículo dice: «Estas cosas escribimos, para que *nuestro* gozo sea cumplido» o bien, «Estas cosas os escribimos, para que *vuestro* gozo sea cumplido». Hay testimonios antiguos en cuanto a ambas lecturas. Así que el sentido se ve afectado, pero no peligra ninguna creencia fundamental. De cualquiera de las dos maneras, el sentido obvio de este versículo es que el escribir esta carta produjo gozo.

Cambios intencionales

Ehrman pone mucho énfasis en los escribas que alteraron el texto intencionalmente.

—Eso preocupa mucho a la gente —le dije.

—Bueno, en esto él está en lo correcto —me respondió Wallace—. A veces los escribas cambiaban intencionalmente el texto.

—¿Cuál fue la razón más frecuente para ello? —le pregunté.

—Querían que el texto resultara más explícito. Por ejemplo, la iglesia comenzó a usar secciones de las Escrituras para realizar lecturas diarias. Los llamaban leccionarios. Establecían lecturas diarias o semanales de las Escrituras para un año.

—En el Evangelio de Marcos hay ochenta y nueve versículos seguidos en los que no se menciona el nombre de Jesús ni una vez. Solo se usan pronombres; a Jesús se lo menciona como «él». Cuando uno extrae un pasaje para la lectura de un leccionario, no se puede comenzar con: «Cuando él iba...» El lector no sabría a quién se hace referencia. Así que resultaba lógico para el escriba reemplazar ese «él» por un «Jesús», para poder hacer más específico el leccionario. Pero esto también se cuenta como una variación cada vez que aparece.

—Ahora bien, no quiero dar la impresión de que los escribas no cambiaban el texto por razones teológicas. Lo hacían, y casi siempre esos cambios iban dirigidos a hacer que el Nuevo Testamento *pareciera* más ortodoxo. Probablemente el grupo de cambios más comunes era intentar armonizar los Evangelios. Cuanto más nos alejamos del texto original,

más armonizado está por los copistas, como para liberar al texto de cualquier discrepancia aparente. Pero estas armonizaciones son muy fáciles de detectar.

—¿Cuantas de las doctrinas cristianas se han visto amenazadas por las variaciones textuales?

—Ehrman intenta presentar los mejores argumentos que puede en *Misquoting Jesus* [Citando erróneamente a Jesús] —dice Wallace—. Lo más notable es que al ir pasando las páginas del libro uno se pregunta: «¿En qué lugar realmente prueba algo?» Ehrman no prueba que *ninguna* doctrina corra peligro. Permítanme repetir la tesis básica que se ha argumentado desde 1707: *Ninguna doctrina fundamental o esencial ha sido alterada por ninguna variación que tenga alguna verosimilitud de poder remontarse hasta los originales.* La evidencia que se tenía no ha cambiado hasta el día de hoy.

—¿Qué es lo que más se ha acercado?

—Marcos 9:29 podría impactar la ortopráxis, que significa la práctica correcta, pero no la ortodoxia, que significa la creencia correcta. Allí Jesús dice que cierta clase de demonios no pueden salir sino con oración, y algunos manuscritos agregan «y ayuno». Entonces, si «y ayuno» forma parte de lo que dijo Jesús, aquí se presenta una variación textual que afecta la ortopraxis: ¿es necesario ayunar para realizar ciertas clases de exorcismos?

—Pero, considerándolo seriamente, ¿mi salvación depende de eso? —me dijo—. Muchos cristianos jamás han escuchado ese versículo ni nunca van a llevar a cabo un exorcismo.

Atractiva, pero no auténtica

Es una de las historias bíblicas más apreciadas: la de la mujer descubierta en adulterio a la que los fariseos llevan delante de Jesús. Pero en lugar de afirmar que debe ser apedreada hasta morir, Jesús dice unas palabras que se citan con mucha frecuencia: «El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella». Los fariseos, acusados por su conciencia, se alejan. Jesús entonces despide a la mujer diciéndole: «Vete y no peques más».[5]

Hay un problema: los eruditos han sabido por más de un siglo que esta historia no es auténtica. Sin embargo, para los lectores de Ehrman constituyen palabras perturbadoras.

—Cuando uno lee este pasaje, dice: «¡Cielos, me deja sin respiración!» —señala Wallace—. Y decimos: «Yo quiero que esté en la Biblia». Y fue eso precisamente lo que los copistas dijeron. La leyeron como una historia independiente y acabaron colocándola en media docena de diferentes ubicaciones tanto en el Evangelio de Juan como en el de Lucas. Es como si los escribas hubieran dicho: «Quiero

que esté en mi Biblia, así que la voy a insertar aquí, o aquí, o aquí».

—¿Así que esta es una historia que nos llegó a través del tiempo? —le pregunté.

—Aparentemente había dos historias diferentes circulando con respecto a una mujer que había sido tomada en algún pecado y Jesús se había mostrado misericordioso con ella. Es más que probable que gran parte de la historia sea históricamente verdadera, pero no acabó incluida dentro de las Escrituras.

—Mi hipótesis es esta: estos versículos parecen ser más del vocabulario y el estilo de Lucas que de Juan. En realidad, un grupo de manuscritos la colocan en el Evangelio de Lucas y no en el de Juan. ¿Cómo sería la historia cuando Lucas tuvo acceso a ella, y por qué no la colocó dentro de su Evangelio? No tengo las respuestas aún.

—Pero resulta claro que la historia que aparece en la Biblia no es auténtica… —dije.

—¿Es *literariamente* auténtica? En otras palabras, ¿escribió Juan esta historia? Mi respuesta es un no incuestionable. ¿Es *históricamente* auténtica? ¿Sucedió realmente? Mi respuesta es que tiene muchas probabilidades de serlo; algo debe haber sucedido en cuanto a que Jesús se mostró misericordioso con una pecadora, pero la historia originalmente se presenta en una forma trunca.

—Leamos cualquier traducción de la Biblia y encontraremos una nota marginal diciendo que este pasaje no se encuentra en los manuscritos más antiguos. Pero con frecuencia la gente no lee esas notas. Cuando Ehrman informa dentro de una esfera popular que la historia no es auténtica, la gente piensa que ha sido engañada.

Serpientes y lenguas

En el año 2006, una mujer murió luego de ser picada por una serpiente de cascabel durante el servicio dominical de una iglesia de Kentucky.[6] Los periodistas que informaron sobre esta muerte dijeron que de acuerdo con el Evangelio de Marcos, los cristianos deberían poder manejar a las víboras sin recibir daño. Sin embargo, ninguno de ellos notó que ese versículo (en realidad, los últimos doce versículos de Marcos) no formaban parte del Evangelio original, sino que fueron agregados después y no son auténticos.

Esto significa que Marcos termina con tres mujeres que descubren la tumba vacía de Jesús y «un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca» que les comunica que Jesús ha resucitado de los muertos. «Y ellas... ni decían nada a nadie, porque tenían miedo», concluye señalando el Evangelio. Los doce versículos finales describen tres apariciones de Jesús posteriores a la

Pascua y mencionan que los cristianos podrán tomar las serpientes con las manos sin ser dañados, echar fuera demonios, hablar en nuevas lenguas y sanar a los enfermos.

Pero Wallace explica que en el *Códice Vaticano* y en el *Códice Sinaítico,* que son «nuestros manuscritos más antiguos de este pasaje», no aparecen estos doce versículos.

—¿De dónde piensa que proviene este final? —le pregunté.

—Básicamente hay dos puntos de vista. Un grupo dice que Marcos escribió un final para su Evangelio pero que este se perdió.

Me sonó escéptico al decirlo.

—¿A usted no lo convence, verdad?

—Eso presupone que Marcos hubiese sido escrito en un códice más bien que en un rollo. Una página de un códice se podría perder fácilmente, porque la encuadernación es parecida a la de un libro, pero el final del Evangelio hubiera permanecido seguro en un rollo. Y el códice no fue inventado hasta unos cuarenta años después de que se escribió Marcos.

—Creo que un mejor punto de vista sería que Marcos estaba escribiendo sobre el individuo más excepcional que hubiera vivido, y que él quería darle una forma única al final de su Evangelio, de modo que lo dejó con un final abierto. Esencialmente lo que les dice a sus lectores es: «Y ahora, ¿que van a hacer *ustedes* con Jesús?»

—¿El eliminar esos doce versículos, entonces, no causa ningún impacto sobre la doctrina de la resurrección?

—No, en lo más mínimo. Sigue habiendo una resurrección en Marcos. Está profetizada, el ángel la atestigua, y la tumba ha quedado vacía. Creo que algún escriba del segundo siglo toma esto esencialmente de Los Hechos (donde Pablo es mordido por una serpiente y la gente habla en lenguas) e intenta redondear el Evangelio de Marcos colocándole un nuevo final.

—Todas las Biblias tienen una nota que indican que este final extenso no aparece en los manuscritos más antiguos. Algunos colocan esos versículos en una tipografía menor, o entre corchetes. De los versículos bíblicos que están en disputa, este y aquel en el que la mujer es descubierta en adulterio son por mucho los pasajes más largos; pero, lo digo de nuevo, estas son noticias viejas.

Sin embargo, Ehrman también analiza «el único pasaje de toda la Biblia que explícitamente delinea la doctrina de la Trinidad», que se encuentra en 1 Juan 5:7–8, en la versión Reina Valera. Dice: «Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno».

—¿Está usted de acuerdo en que no es auténtico? —le pregunté.

—Completamente. Eso en realidad provino de una homilía del siglo octavo. Fue agregado a

un texto latino, y ni siquiera se tradujo al griego hasta 1520. Resulta obvio que no es auténtico.

—El ateo Frank Zindler dice que si se borrara esa referencia, «los cristianos quedarían sin una prueba bíblica acerca de la Trinidad» —observé.[7]

—Voy a ser poco caritativo aquí: se trata de un comentario tan estúpido que apenas puedo creer que lo haya hecho —dijo—. El Concilio de Constantinopla, del año 381 d.C., y el de Calcedonia, del año 451 d.C. salieron con declaraciones explícitas afirmando la Trinidad; obviamente, no precisaron de este pasaje posterior en el tiempo e inauténtico para descubrirlo.

—La Biblia contiene claramente estas cuatro verdades: que el Padre es Dios, que Jesús es Dios, que el Espíritu Santo es Dios, y que hay un solo Dios —señaló Wallace—. Y *eso* es la Trinidad.

Padre y doctor

Mi entrevista con Wallece confirmó fuertemente mi confianza en el texto del Nuevo Testamento. Nada de lo producido por Ehrman siquiera se acercó a cambiar el retrato tradicional del verdadero Jesús de manera significativa.

Al alejarme de la casa de Wallace conduciendo mi automóvil, mi mente volvió a una entrevista que le había efectuado varios años atrás a un erudito que fue considerado como el

crítico textual más importante de su generación. De hecho, Bruce M. Metzger había sido el mentor de Ehrman en Princeton. Ehrman aun le dedica su libro *Misquoting Jesus*.[8]

Recuerdo haberle preguntado a Metzger:

—Entonces las variaciones (entre los manuscritos), cuando aparecen, tienden a ser menores y no sustanciales?

—Sí, sí, eso es correcto —me respondió Metzger—. Las variaciones más significativas no echan por la borda ninguna doctrina de la iglesia.

Luego recordé haberle preguntado acerca del impacto que tuvieron sobre su fe personal las muchas décadas durante las que estudió intensivamente el texto del Nuevo Testamento. Me dijo:

—Oh, ha aumentado el sustento de mi fe personal el notar la solidez con que estos materiales nos han llegado a través de una multiplicidad de copias, algunas de las cuales son muy antiguas.

—Así que la erudición no ha diluido su fe...

Me salió al cruce. Dijo con énfasis:

—Por el contrario, la edificó. He hecho preguntas toda mi vida, he hurgado los textos, los he estudiado concienzudamente, y hoy sé con toda certeza que mi confianza en Jesús está bien puesta.

Y luego volvió a enfatizar:

—Sí, está *muy* bien puesta.[9]

CAPÍTULO 3

TERCER RETRATO: EL JESÚS QUE FRACASÓ

¿No tuvo éxito en lo tocante a cumplir con las antiguas profecías?

Los eruditos cristianos y judíos están de acuerdo en esto: las escrituras hebreas predicen la llegada del Mesías. «La creencia en la venida del Mesías siempre ha constituido una parte fundamental del judaísmo» dice el rabino Aryed Kaplan. «Se trata de un concepto que se repite una y otra vez a lo largo de toda la literatura judía».[1]

La gran controversia se desarrolla en torno a si Jesús ha cumplido con las antiguas profecías mesiánicas y por lo tanto corresponde al perfil del Mesías, palabra que significa «el ungido». La palabra griega que significa Mesías es *christos*, o sea Cristo, termino que suele colocarse junto al nombre de Jesús.

Si esas predicciones mesiánicas realmente resultan verdaderas en lo que hace a Jesús, las implicancias son enormes. En primer

lugar, eso confirmaría la naturaleza sobrenatural de la Biblia, dado que las probabilidades de cumplir con tantas profecías antiguas simplemente por casualidad son matemáticamente desorbitadas. En segundo lugar, si solo Jesús ha cumplido las antiguas profecías, eso constituiría una reafirmación decisiva de su identidad como aquel al que Dios envió para ser el Salvador de Israel y del mundo.

Lo opuesto también podría ser cierto. Cuando la mujer samaritana le dijo a Jesús: «Sé que viene el Mesías», él le respondió: «Ese soy yo, el que habla contigo».[2] Luego de realizar una declaración tan inequívoca, sería un impostor digno de desprecio y rechazo si fracasara en ajustarse a las características del retrato profético; se convertiría en un falso profeta y sería descartado tanto por los judíos como por los gentiles.

A través de la historia, los rabinos judíos han rechazado las credenciales mesiánicas de Jesús. Señalan que él no cumplió con lo que ellos consideran como las profecías mesiánicas principales: lograr un mundo de paz y unidad y acabar con el mal, la idolatría, la falsedad y el odio. «Los judíos tienen una objeción importante en cuanto al Mesías cristiano», dice Kaplan, «y es el hecho de que él no ha tenido éxito».[3]

Amy-Jill Levine, una judía experta en el Nuevo Testamento, dijo: «El Mesías es alguien que establece justicia a través de todo

el mundo; yo miro por mi ventana y sé que eso no ha sucedido».[4]

Los cristianos presentan una perspectiva diferente. «No todas las profecías del Antiguo Testamento con respecto al Mesías se cumplieron durante la vida de Jesús aquí», dice el profesor de historia antigua Edwin Yamauchi. «La respuesta de los cristianos es que esas profecías tendrán su cumplimiento cuando Cristo regrese».[5]

Una cosa es cierta: o la historia y la lógica apoyan la conclusión de que Jesús es el Mesías, o no lo hacen. Para investigar el caso de Jesús como Mesías, volé a Charlotte a entrevistar a Michael L. Brown, un erudito que creció siendo judío y se convenció de que realmente Jesús es el Mesías.

Brown tiene un doctorado en Lenguas del Cercano Oriente y Literatura de la Universidad de Nueva York, y ha enseñado en Trinity Evangelical Divinity School, en el Seminario Teológico Fuller y en veinticinco distintos países. Ha escrito dieciocho libros, incluyendo una obra en varios volúmenes, *Answering Jewish Objections to Jesus* [Respuestas a las objeciones judías con respecto a Jesús], que responde a cuestiones históricas y teológicas referidas a las profecías mesiánicas.

Me senté junto con Brown en la oficina que tiene en una escuela de ministerio en la que se desempeña como presidente, con los veinte

volúmenes del Talmud Babilónico colocados en un estante que colgaba sobre su hombro, y le pedí que expusiera la evidencia que tenía acerca de que Jesús fuera el Mesías.

El caso de Jesús el Mesías

—Los judíos son el pueblo elegido por Dios —dijo para empezar—. Pero resulta importante comprender que cuando Dios eligió a Abraham y a sus descendientes, había un propósito divino en ello. No se trataba simplemente de tener un pueblo separado que fuera leal a él, sino que era para que a través de Israel todo el mundo fuera bendecido y llegara a conocer al único Dios verdadero. Precisamos mantener esto en mente a medida que avancemos.

Asentí con la cabeza.

—Hay promesas específicas dadas a la tribu de Judá y a David, que era hijo de Isaí, de la tribu de Judá —continuó diciendo Brown—. Génesis 49:10 dice: «El cetro no se apartará de Judá», e Isaías 11:1 señala: «Del tronco de Isaí brotará un retoño; un vástago nacerá de sus raíces». El término «vástago» frecuente se utiliza para referirse al Mesías. Fue dicho que a través de David se daría un reinado duradero. El Señor declara en Jeremías 23:5 que de la simiente de David hará «surgir un vástago justo; él reinará con sabiduría...».

Hasta ahora, nada controversial.

—Cuando vamos a Isaías, vemos que se hacen referencias al siervo del Señor. En algunas antiguas tradiciones judías también se reconoce que una cantidad de esos versículos se refieren al Mesías. Isaías 42 dice que él no vacilará ni se desanimará hasta implantar la justicia en la tierra.[6] Isaías 49 señala que el siervo tiene la misión de volver a reunir a las tribus de Israel para traerlas de regreso a Dios. El siervo siente como si hubiera fallado en su misión, pero Dios declara que el fin no solo es volver a reunir a Israel. En Isaías 49:6 le dice: «Yo te pongo ahora como luz para las naciones, a fin de que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra».

Luego Brown hizo referencia al pasaje mesiánico más famoso de todos: Isaías 52:13—53:12.

—Estos versículos dicen que el Mesías será muy exaltado, pero que primero sufrirá tremendamente. En realidad, quedará desfigurado por sus sufrimientos —explicó Brown—. Y la narración dice que el pueblo de Israel no lo percibirá. Que pensará que él sufre por sus propios pecados y maldad; que no se darán cuenta de que él ha cargado *sus* pecados, sufriendo a *su* favor, y que por sus llagas habrá sanidad para ellos. Esto nos habla de su muerte y de que su vida continuará luego de ella.

—Ahora limitemos las cosas aun más. En 2 Crónicas 7, Dios dice que si el pecado de

Israel llega a un cierto nivel, él va a destruir el templo, exiliar al pueblo y dejarlos bajo un estado de juicio.[7] Por supuesto, esto aconteció. El profeta Daniel pide en oración en Daniel 9 que Dios tenga misericordia. Dios le da una revelación con respecto a que el templo será reconstruido. Y se le dice a Daniel que antes de que este nuevo templo sea destruido, sucederán varias cosas, incluyendo una expiación de alcance eterno: el tratamiento final del pecado.[8]

—El profeta Hageo vivió para ver este segundo templo construido, pero no fue para nada como el primero. El primero, el de Salomón, no solo constituía una estructura física impresionante, mucho más imponente que la del segundo templo, sino que contuvo la gloria de Dios. Cuando se ofrecieron los sacrificios, bajó fuego y los consumió. El segundo templo no contó con la presencia de Dios ni del fuego divino.

—Sin embargo, Hageo dijo que la gloria del segundo templo sería mayor que la gloria del primer templo. Dios iba a llenar el segundo templo con su gloria.[9] La palabra hebrea que significa gloria a veces se refiere a una gran riqueza y abundancia, pero cuando Dios dice que él va a *llenar* el templo con *gloria*, eso solo puede aplicarse a su presencia. Luego el profeta Malaquías, que vivió tiempo después, señala que el Señor vendrá a su templo, purificará a algunos dentro del pueblo y traerá juicio sobre otros.[10] Él usa un término hebreo que siempre hace referencia al mismo Dios: *el* Señor; *él* vendrá a ese templo.

—Tengamos en cuenta que el segundo templo fue destruido en el año 70 d.C. La expiación por el pecado tenía que realizarse y la visitación divina tenía que tener lugar antes de que el segundo templo fuera destruido. Aún hay tradiciones rabínicas que colocan la llegada del Mesías alrededor de dos mil años atrás, precisamente en el tiempo en el que Jesús vino.[11]

—Así que no es una cuestión de que tal vez haya otro que sea el Mesías. Si no es Yeshua, que es el nombre judío de Jesús, entonces arrojemos a la basura la Biblia, ya que nadie sino él cumplió con lo que debía hacerse antes del año 70 d.C. ¿Qué visitación divina *se produjo* sino la de Yeshua? ¿En qué segunda ocasión *visitó* el segundo templo de manera personal? ¿Quién más expió los pecados? ¿En qué sentido *fue* la gloria del segundo templo mayor que la del primero? O el Mesías vino dos mil años atrás, o los profetas estaban equivocados y nosotros bien podríamos deshacernos de la Biblia. Pero ellos no estaban equivocados. Yeshua es el Mesías; o nadie lo es.

Hizo una pausa para permitir que las implicaciones de esto penetraran.

—Sigamos adelante —continuó diciendo Brown—. El Talmud pregunta si el Mesías

vendrá «entre las nubes del cielo», tal como lo indica Daniel 7:13, o «humilde... montado en un asno», como lo señala Zacarías 9:9.[12] Los rabinos decían que si nosotros fuéramos dignos, él vendría entre las nubes del cielo, lo que significa rápida y poderosamente; si no fuéramos dignos, él vendría humilde y modesto. Ellos creían que se trataba de lo uno o de lo otro. En realidad son las dos cosas. Ambas son verdaderas, y se refieren a la misma persona.

—Poco antes de morir, Jesús llegó montado en un asno a Jerusalén, mientras las multitudes lo aclamaban como el Mesías. Pero luego la gente se dio vuelta. ¿Era posible que el viniera «humilde... montado en un asno» porque nosotros no éramos dignos de su venida, y que en el futuro, cuando lo reconociéramos como el Mesías, él volviera entre las nubes del cielo, como lo había dicho específicamente delante del sumo sacerdote durante su juicio?

Brown siguió adelante sin esperar la respuesta.

—Ahora pensemos en los roles del Mesías —continuó diciendo—. Además de ser rey, sería una figura sacerdotal.

—¿Cómo lo sabe? —le interrumpí.

—Bueno, David es un prototipo del Mesías, y David llevó a cabo ciertas funciones sacerdotales —señaló Brown—. Segundo Samuel 24:25 dice: «Allí construyó un altar al SEÑOR y ofreció holocaustos y sacrificios de comunión». Eso es lo que hace un sacerdote. De acuerdo con 2 Samuel 8:18, los hijos de David eran sacerdotes.

—Consideremos entonces el Salmo 110:4. Afirma: «El SEÑOR ha jurado y no cambiará de parecer: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec». Aquí tenemos al Señor haciendo un juramento enfático acerca de que el rey de Jerusalén sería sacerdote para siempre según el antiguo orden del rey sacerdote de esa ciudad. O esta profecía se refiere directamente al Mesías o se refiere a David. Si se refiere a David, entonces él es el prototipo del Mesías, y sigue queriendo decir que el Mesías será tanto sacerdotal como real.

—En Zacarías 3 nos encontramos con Josué, el sumo sacerdote. De paso, Josué es otra forma del nombre Jesús. Se dice que Josué constituye un signo y un símbolo del «Renuevo». Recordemos que Jeremías 23 y otros pasajes nos dicen que el Renuevo es el Mesías, porque él es el vástago que sale del árbol, la raíz de Isaí. En Zacarías 6:11–13, Josué está sentado en un trono. Le colocan una corona en la cabeza. Consideremos esto: en el pasaje de la Biblia en el que más manifiestamente se identifica de forma explícita a un ser humano con una figura mesiánica, tenemos a un sumo sacerdote sentado en un trono.

Brown hizo una pausa para darle más énfasis.

—¡Un rey *sacerdotal*! —reafirmó—. No es típico que los sacerdotes se sienten en tronos ni que tengan coronas.

—¿Por qué es importante eso? —le pregunté.

—Porque los sacerdotes son los que tratan con el pecado. Los sacerdotes llevan sobre sus hombros las iniquidades del pueblo. Son intercesores. De hecho, según Números 35, la muerte del sumo sacerdote podía servir como expiación de ciertos pecados para los que no había otra expiación terrenal.

—Consideremos entonces el Salmo 22. Esto no es una profecía; se trata de la oración de un justo que sufre, que está en las fauces de la muerte y es librado milagrosamente. Sin embargo, Jesús dice que todo lo que fue escrito antes de su vida en la tierra encuentra su completo significado y expresión en él. Aún aplica el Salmo 22 a su muerte en la cruz.[13] Y en el Salmo 22, como resultado de que el justo sufriente es liberado de la muerte, todos los confines de la tierra alaban a Dios.[14] ¡Se trata de una liberación de la muerte muy significativa!

—Así que reunamos todos estos elementos. La intención de Dios no ha sido mantener a Israel como una nación aislada, sino que a través de Israel el mundo entero llegara a conocer al único Dios verdadero. Eso siempre ha estado en su corazón. Vemos en las Escrituras que esta figura mesiánica es tanto real como sacerdotal: tratará con el pecado y al mismo

tiempo reinará y gobernará. Sufrirá antes de ser levantado y exaltado; llegará montado en un asno, humilde y modesto, y también vendrá en nubes de gloria.

—Primero será rechazado por su gente y será luz a las naciones. Sufrirá terriblemente por nuestros pecados, por ser un substituto justo en nuestro lugar. Lo poderoso de su liberación de la muerte hará que los confines de la tierra adoren al único Dios verdadero. También notamos que la redención tendría que venir y que debería haber una visitación divina antes de que el segundo templo fuera destruido en el año 70 d.C.

Brown extendió sus manos hacia mi, como pidiendo una respuesta.

—¿Quién podría ser este? —preguntó—. ¿Existe algún posible candidato? No hace falta ser un genio para señalar que, o bien la Biblia es falsa, o bien esta figura tiene que ser Yeshua.

«Es él o nadie»

Brown no había acabado aún.

—Yeshua dijo que él había venido para cumplir lo que estaba escrito en la Ley en los profetas. Predijo la destrucción del segundo templo. Ningún otro líder judío significativo lo había hecho —continuó diciendo—. Deuteronomio 18 dice que se debe prestar atención al profeta que se levante en cada generación.[15] Yeshua es

el último gran profeta que habla en Israel. Trae su palabra profética: El templo va a ser destruido, pero el cumplimiento de lo que está en las Escrituras apunta a él.

—Resumiendo, Yeshua cumplió las profecías esenciales que estaban acotadas a un marco de tiempo definido y que deberían cumplirse antes de que el segundo templo fuera destruido. No se trata de una cuestión especulativa; es un hecho histórico. Y dado que cumplió con las profecías pasadas (venir como nuestro gran sumo sacerdote y hacer la expiación de nuestros pecados) podemos estar seguros de que cumplirá las profecías futuras, gobernando como rey mundial y trayendo paz a la tierra.

—En realidad, él ya reina y gobierna como rey sobre las vidas de incontables decenas de millones de personas de toda nación debajo del sol. Y ellos le han prometido su completa lealtad y fidelidad. Su reino es ya mucho más grande y de mayor influencia que el mismo reino de David. Y eso es solo el comienzo; él reinará sobre todos cuando regrese.

—Consideremos esto: Durante más de 1900 años los judíos tradicionales no han tenido un templo en funcionamiento. No ha existido un sacerdocio en funciones, ni sacrificios. ¿Qué sucedió? Al leer la Torá, o sea los primeros cinco libros de la Biblia, encontramos reiteradas referencias a los sacrificios y ofrendas.[16] ¿No resulta significativo que Isaías 53

diga que el siervo del Señor será el mismo una ofrenda por el pecado?[17]

—O Dios nos ha dejado completamente privados del principal sistema de expiación, de un sacerdocio en funciones y de un templo en funcionamiento o, de otro modo, todo lo que hemos estado hablando encontró su cumplimiento en Aquel que vino cuando tenía que venir.

—No hablamos acerca de cosas que Yeshua podría haber organizado. ¿Cómo podría organizar las cosas para volverse el judío más influyente que jamás haya vivido? ¿Qué arreglos se hacen para llevar a cientos de millones de personas a adorar a Dios? ¿Cómo organizar el ser rechazado por el propio pueblo y sin embargo ser aceptado por las naciones? ¿Cómo manejar las cosas para constituirse en el único candidato posible que cumple con las Escrituras, y cómo profetizar el fin de un sistema y luego hacer surgir un nuevo sistema?

—Y aquí encuentro algo fascinante: Existe una tradición rabínica preservada en el Talmud que dice que en el Día de la Expiación hay tres señales que indican que los sacrificios animales ofrecidos por el sumo sacerdote han sido aceptados por Dios y se ha hecho expiación por la nación.[18] En los años en los que las señales resultaran negativas, el pueblo quedaría avergonzado y lloraría, debido a que Dios no había aceptado su sacrificio.

—Luego señala que durante los últimos cuarenta años antes de que el segundo templo sea destruido, estas tres señales resultaron negativas en cada ocasión.[19] Pensemos en ello: Jesús probablemente fuera crucificado en el año 30 d.C., y el templo fue destruido en el año 70 d.C. Así que desde el tiempo de su muerte al tiempo de la destrucción del templo (*un período de cuarenta años*) Dios señaló que él ya no aceptaba los sacrificios y ofrendas de los judíos. ¿Por qué?

Su respuesta fue enfática:

—*Porque la expiación final se había llevado a cabo a través de Yeshua, tal como él lo había profetizado.*

Brown dejó sus palabras flotando. Luego, aparentemente sintió la necesidad de elaborarlas algo más, y dijo:

—Por favor, permítame explicarle de qué manera Yeshua cumplió con el sistema sacrificial judío.

—Sí, por favor, continúe —dije.

—Cuando uno revisa los primeros cinco libros de la Biblia, llamados la Torá Escrita, encuentra varios cientos de referencias a sacrificios animales y ofrendas —señaló Bown—. El concepto fundamental allí es vida por vida, como lo reconocen algunos de los comentarios rabínicos. ¿Por qué es eso tan importante? Obviamente, Dios buscaba transmitirnos algo: que el pecado requería una pena de muerte, y

que Dios recibiría un substituto en lugar de la persona culpable. Cuando se mataba un inocente cordero y se derramaba su sangre, eso constituía una lección muy vívida.

—Recordemos que fue preanunciado que el Mesías sería una figura sacerdotal. ¿Qué hace un sacerdote? Se coloca entre la gente y Dios. Entra al lugar santísimo. Por su talla, posición y llamado, hace lo que nadie más puede hacer. Yeshua, como gran sumo sacerdote, ora por nosotros y luego literalmente carga nuestros pecados sobre sus hombros, como lo señala Pedro: «Él mismo, en su cuerpo, llevó al madero nuestros pecados».[20] Toma la culpa, el castigo y los sufrimientos que todos nosotros merecemos y los lleva él mismo.

—¿Qué sacrificio es lo suficientemente grande como para cubrir el pecado del mundo entero? ¿Quién es lo suficientemente puro? ¿Quién es perfecto por completo? Solo este, el gran Hijo de Dios, que carga el pecado y la culpa del mundo entero sobre sus hombros y muere por nuestros pecados, de manera que ahora nosotros podamos recibir el perdón la limpieza y la justicia. Según sabemos por Juan 1:29, Yeshua fue llamado «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo».

Brown había estado sentado al borde de su asiento. Ahora que ha completado su presentación, se reclina hacia atrás.

—Así que sumemos todo —dijo—. Todas esas claves señalan hacia Yeshua y solo hacia Yeshua. Él cumple las profecías de la manera más increíble. Dado que el Mesías tenía que haber venido casi dos mil años atrás, de acuerdo con el testimonio de las escrituras judías, entonces, si Yeshua no es el Mesías, nunca habrá un Mesías. Es demasiado tarde para que algún otro lo sea. Si Yeshua no vino a hacer lo que debía ser hecho durante la primera fase de las cosas, cuando había una fecha límite bien definida, entonces no hay esperanza alguna de que la segunda fase jamás llegue, aquella en la que vendrá en las nubes de gloria para gobernar y reinar.

Se sonrió.

—Tenemos el depósito —me dijo—. Tenemos la entrega inicial. Podemos estar confiados en que él regresará para cumplir con lo que queda.

Sin embargo, le señalé a Brown que el término *segunda venida* no aparecía en las escrituras hebreas.

—Tampoco la palabra trinidad es usada en ninguna parte en toda la Biblia, pero la evidencia está allí, apoyándola —me rebatió—. Las profecías requieren que sucedan ciertos acontecimientos como la expiación y la visita al templo, antes de que otros sucesos, como por ejemplo que el Mesías traiga paz a la tierra, tengan lugar. La primera acción precede a la segunda, y prepara el camino para

esta. Primero llega la expiación, luego la paz sobre la tierra.

—¿La idea de la segunda venida no podría ser utilizada por algún falso Mesías que fallara en cuanto a cumplir con todas las profecías?

—Bueno, si Yeshua no hubiera hecho nada por cumplir todas las profecías y hubiera dicho que iba a hacer todo en el futuro, entonces yo estaría de acuerdo. Pero ese no es el caso —dijo Brown—. Él hizo lo que debía hacerse antes del año 70 d.C., así que tenemos confianza en que él hará lo que es necesario hacer en el futuro.

Como Brown lo ha establecido fehacientemente, Jesús, y no ninguna otra figura en toda la historia, se ha ajustado al retrato del Mesías. Es él... o nadie.

—Por eso dedico mi vida a hablarle al pueblo judío, con toda la compasión y exactitud que puedo, acerca de la realidad de Jesús el Mesías —concluyó Brown—. No puedo mantener oculto lo mejor que tiene Dios para los que él ama tanto.

CAPÍTULO 4

CUARTO RETRATO: EL JESÚS NO CRUCIFICADO

¿Realmente murió en la cruz?

El productor de cine iraní Nader Talebzadeh es un admirador de *La pasión de Cristo*, el éxito de taquilla de Mel Gibson en el 2004. La película, dijo él, está magníficamente realizada. Solo existe un problema, señaló: «La historia es errónea».

Así que Talebzadeh produjo su propio documental para enderezar la historia. En *Jesus, the Spirit of God* [Jesús, el Espíritu de Dios], es Judas el que en realidad resulta crucificado luego de que Dios rescata a Jesús en el último momento y lo lleva directamente al cielo. Y dado que Jesús nunca experimentó la muerte, nunca resucitó.[1]

Los cristianos consideran la resurrección de Jesús como una doctrina crucial, dado que creen que confirma su identidad como el único Hijo de Dios. Pero los musulmanes como Talebzadeh, que consideran a Jesús un profeta mortal, están a la cabeza de los que han

cuestionado la resurrección más recientemente. Basan sus creencias en el Corán, que dice que Jesús nunca murió en la cruz, y mucho menos resucitó de los muertos.[2]

Un destacado apologista musulman, Shabir Ally, dijo que se esperaba que el Mesías fuera un ser victorioso y, por lo tanto, «un Mesías crucificado resulta un contrasentido, como un círculo cuadrado».[3] En una cinta de vídeo de 2006, Ayman al-Zawahri, el segundo líder de Al Qaeda, instó a todos los cristianos a convertirse al islam, que, según dijo, cree correctamente que Jesús nunca fue muerto, nunca resucitó de los muertos, y no era divino.[4]

Los musulmanes no son los únicos. Un líder hindú de la India declaró en 2007 que Jesús nunca murió en la cruz. «Solo fue herido y luego de recibir un tratamiento regresó a la India donde realmente murió», afirmó K. S. Sudarshan.[5]

Otra declaración en cuanto a que Jesús no murió crucificado apareció en el exitoso libro *The Jesus Papers* [Los documentos de Jesús], publicado en 2006 por el *New York Times*, en el que Michael Baigent dice que Poncio Pilato no quería matar a Jesús porque él instaba a la gente a pagar sus impuestos.[6] Fue entonces que Pilato tramó un plan, señaló Baigent. Ordenó que Jesús fuera crucificado para aplacar a las autoridades religiosas que lo querían muerto, pero luego conspiró junto con otros

para asegurarse de que a Jesús secretamente se lo bajase de la cruz con vida.[7]

Los críticos saben que desacreditar la resurrección significa nada menos que refutar la verdad del cristianismo. Dijo el apóstol Pablo: «Si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación no sirve para nada, como tampoco la fe de ustedes».[8] O la cruz desenmascaró a Jesús como un engañador, o de lo contrario abrió la puerta a una resurrección sobrenatural que ha confirmado irrevocablemente su divinidad. ¿Pero hacia dónde apunta la evidencia?

Invité a mi casa a un prominente experto en la resurrección, Michael Licona, para analizar estas cuestiones. Licona, en su tesis para obtener un doctorado en Nuevo Testamento en la Universidad de Pretoria, Sudáfrica, puso en práctica una metodología histórica para evaluar las evidencias acerca de que Jesús haya vuelto de la muerte.

Él ha debatido con numerosos escépticos, incluyendo musulmanes, acerca de la resurrección y ha escrito extensamente sobre este tema. En 2004 se unió con el erudito en resurrección Gary Habermas para escribir el libro *The Case for the Resurrection of Jesus* [El caso de la resurrección de Jesús]. Utilizando su impresionante conocimiento del islam, Licona luego escribió *Paul Meets Muhammad: a Christian-Muslim Debate on the Resurrection*

[Pablo se encuentra con Mahoma: un debate cristiano-musulmán sobre la resurrección].

La evidencia afirmativa

Nos sentamos en mi sala, y Licona expuso fehacientemente su caso en cuanto a que Jesús había sido ejecutado por los romanos.

—Aun un liberal extremo como [John Dominic] Crossan dice: «El hecho de que fue crucificado es tan seguro como cualquier otra cuestión histórica lo puede ser».[9] El escéptico James Tabor dice: «Dado que Jesús fue ejecutado a través de una crucifixión romana, creo que no tenemos que dudar de que estuvo verdaderamente *muerto*».[10] Tanto Gerd Lüdemann, crítico ateo del Nuevo Testamento, como Bart Ehrman, agnóstico, señalan que la crucifixión es un hecho indiscutible.

—¿Por qué? En primer lugar, porque los cuatro Evangelios informan acerca de ello. También contamos con una cantidad de fuentes no cristianas que corroboran la crucifixión. Por ejemplo, el historiador Tácito dice que Jesús «fue sometido a la penalidad máxima durante el reinado de Tiberio». El historiador judío Josefo informa que Pilato «lo condenó a ser crucificado». Luciano de Samosata, que era un escritor satírico griego, menciona la crucifixión, y Mara Bar Serapion, un pagano, confirma que Jesús fue ejecutado. Aun el Talmud judío informa que «Yeshu fue colgado».

—¿Yeshu? ¿Colgado?

—Sí. Yeshu es Josué en hebreo; y se traduce al griego con su equivalente, Jesús. En el mundo antiguo decir que alguien había sido colgado en un árbol muchas veces hacía referencia a una crucifixión. Gálatas 3:13, por ejemplo, conecta la crucifixión de Jesús con el Pentateuco, que dice: «Maldito todo el que es colgado de un madero».[11]

—¿Qué posibilidades hay de sobrevivir a una crucifixión?

—Extremadamente pocas. Usted vio *La pasión de Cristo*, ¿verdad? Aunque no toda la película muestra exactitud histórica, sí describe la extrema brutalidad de los azotes y la crucifixión romana. Los testigos del mundo antiguo señalaban que algunas víctimas eran golpeadas tan severamente con el látigo que sus intestinos y venas quedaban al descubierto.

—¿Alguna vez alguien sobrevivió?

—Josefo menciona a tres amigos que fueron crucificados. No dice cuánto tiempo estuvieron en la cruz, pero él intervino, hablando con el comandante romano, que ordenó que los tres fueran quitados de allí inmediatamente y les proporcionó la mejor atención médica que Roma podía ofrecer. Sin embargo, dos murieron. Así que aun bajo las mejores condiciones, era muy improbable que una víctima sobreviviera a una crucifixión. No hay ninguna

evidencia de que Jesús fuera quitado prematuramente de la cruz o de que se le proveyera ningún tipo de atención.

—Estamos hablando de una cultura muy primitiva —observé—. ¿Era esa gente lo bastante competente como para poder asegurar que Jesús estaba muerto?

—Tengo confianza en que lo eran. Resultaba que los soldados romanos llevaran a cabo ejecuciones todo el tiempo. Eran muy buenos en ello. Además, la muerte por crucifixión se trataba básicamente de un fallecimiento lento por asfixia, debido a la dificultad para respirar que creaba la posición de la víctima en la cruz. Y eso es algo que no se puede falsificar.

—Vea, Lee, Jesús fue crucificado y murió como consecuencia de ello. El consenso de los eruditos, repito, aun entre los que se muestran escépticos en cuanto la resurrección, es absolutamente abrumador. Negarlo sería asumir una posición marginal que lo convertiría a uno en el hazmerreír del mundo académico.

El Corán contrapuesto a la Biblia

Tomé mi copia del Corán.

—Usted dice que Jesús murió crucificado, pero los musulmanes creen que Jesús en realidad nunca murió en la cruz —le dije a Licona. Busqué el cuarto sura, y leí en voz alta los versículos 157–158:

> Y por decir : «Por cierto que matamos al Mesías, Jesús, hijo de María, el apóstol de Dios». Cuando en realidad no es cierto que le mataran, ni le crucificaran, sino que se les simuló. Más, quienes discrepan a este respecto están en duda de ello; porque no poseen conocimiento alguno, sino que se fundan en conjeturas; pero, en realidad, no le mataron; sino que Dios le ascendió hasta Él; porque Dios es poderoso, prudente».[12]

Cerré el libro.

—Parece haber dos posibilidades: o se le dio la apariencia de Jesús a otro y los romanos mataron a esa persona, o Jesús estuvo en la cruz y Alá hizo parecer que él había muerto cuando en realidad no sucedió así. Lo pusieron en una tumba, Alá lo sanó, y fue llevado al cielo. ¿No son esas situaciones posibles?

—Bueno, todo es posible para Dios —dijo Licona—, pero la cuestión real es hacia dónde apunta la evidencia. El tema no tiene que ver con lo que Dios *puede hacer* sino con lo que *hizo*. Y el Corán no es una fuente muy creíble cuando se trata de Jesús.

—¿Usted no cree que el Corán tenga buenas credenciales al respecto?

—El Corán proporciona una prueba para que la gente pueda verificar su propio origen divino: reunir a la gente más sabia del mundo

y convocar a los *jinn*, que son semejantes a demonios pero sin que necesariamente tengan todas las connotaciones negativas, y que intenten escribir una sura, o capítulo, que sea tan bueno como alguno de los que contiene el Corán. Las implicaciones, por supuesto, es que esto no se puede hacer.

—¿Usted cree que puede hacerse?

—Creo que sí, y con bastante facilidad. Una persona que habla árabe escribió lo que él llama *The True Furqan*, en el cual mantuvo el estilo del Corán en árabe pero con un mensaje que es más cristiano que islámico.[13] Se les leyó a algunos musulmanes ciertas porciones de él, ¡y ellos quedaron convencidos de que eran del Corán! Así que imagino que pasó la prueba. Los que no leemos el árabe, podemos realizar una prueba comparando la primera sura del Corán con el Salmo 19 de la Biblia.

Licona tomó mi Corán para leer el primer sura en voz alta:

En el nombre de Dios, graciabilísimo,
misericordioso.
Alabado sea Dios, creador del
universo.
¡Graciabilísimo, misericordiosísimo;
Soberano en el día del juicio!
¡Solo a ti adoramos, y de ti
imploramos ayuda!
Indícanos el sendero recto;

El sendero de quienes agraciaste, no
el de los execrados ni el de los
extraviados.[14]

Cerró el Corán, luego usó su computadora portátil para acceder al Salmo 19 y leyó:

Los cielos cuentan la gloria de Dios,
el firmamento proclama la obra de
sus manos.
Un día comparte al otro la noticia,
una noche a la otra se lo hace saber.
Sin palabras, sin lenguaje,
sin una voz perceptible,
por toda la tierra resuena su eco,
¡sus palabras llegan hasta los
confines del mundo!

Dios ha plantado en los cielos un
pabellón para el sol.
Y este, como novio que sale de la
cámara nupcial,
se apresta, cual atleta, a recorrer el
camino.
Sale de un extremo de los cielos y,
en su recorrido, llega al otro
extremo, sin que nada se libre de
su calor.
La ley del SEÑOR es perfecta: infunde
nuevo aliento.
El mandato del SEÑOR es digno
de confianza: da sabiduría al
sencillo.

Los preceptos del Señor *son rectos:*
traen alegría al corazón.
El mandamiento del Señor *es claro:*
da luz a los ojos.
El temor del Señor *es puro:*
permanece para siempre.
Las sentencias del Señor *son*
verdaderas: todas ellas son
justas.
Son más deseables que el oro, más
que mucho oro refinado;
son más dulces que la miel, la miel
que destila del panal.
Por ellas queda advertido tu siervo;
quien las obedece recibe una gran
recompensa.

¿Quién está consciente de sus propios
errores?
¡Perdóname aquellos de los que no
estoy consciente!
Libra, además, a tu siervo de pecar a
sabiendas; no permitas que tales
pecados me dominen.
Así estaré libre de culpa y de
multiplicar mis pecados.
Sean, pues, aceptables ante ti mis
palabras y mis pensamientos,
oh Señor, *roca mía y redentor mío.*

—Tanto el sura como el salmo hablan acerca de la bondad y santidad de Dios —dijo

Licona—. El salmo me parece mucho más lleno de significado y más bello. Admito que la sura árabe tiene un ritmo poético; pero también lo tiene el salmo hebreo, que en realidad es una canción.

—Pero los musulmanes dirían que uno tiene que leer la sura en árabe porque fluye hermosamente en ese idioma —señalé.

—Yo les respondería: «¿Pueden leer el hebreo?» —me dijo Licona—. Si no pueden, ¿cómo saben que la canción en árabe es mejor que la canción en hebreo, que tiene un ritmo que fluye de manera similar al del sura? En realidad tiene que ver con cuál lenguaje le suene mejor a cada uno. Es algo muy subjetivo. Por eso no constituye una buena prueba de la naturaleza divina del Corán.

—En contraste, Jesús nos provee un suceso histórico (su resurrección) como la prueba por la que podemos saber que su mensaje es verdadero. Ahora bien, *esa* sí es una buena prueba, porque una resurrección no sucede a menos que la lleve a cabo Dios.

La credibilidad del Corán

Estuve de acuerdo con Licona: la supuesta calidad lírica del Corán resulta evidentemente una prueba subjetiva. —¿Es por eso que usted no cree que el Corán sea creíble? —le pregunté.

—Ese es solo el comienzo de los problemas que se encuentran en el Corán cuando se trata de Jesús —señaló Licona—. Además, el Corán es un testimonio de quinta mano, en el mejor de los casos: el original supuestamente nos vino del cielo, a través de un ángel, luego pasó por Mahoma, después por los que registraron lo que Mahoma dijo, y luego quedó lo que fue seleccionado por Uthman. Encima de todo eso, tenemos el callejón sin salida islámico.

—¿El qué?

—Permítame explicarle —me dijo—. Podemos establecer históricamente que Jesús predijo su próxima muerte, inminente y violenta. Encontramos eso registrado en Marcos, que es el evangelio más antiguo, y en su multiplicidad de copias certificadas en diferentes formas literarias, lo que constituye una evidencia fuerte a los ojos de los historiadores.

—También consideremos el criterio de la vergüenza. Una cantidad de veces, cuando Jesús predijo su muerte, los discípulos le dijeron que no, que eso no podía suceder; y, por otra parte, no lo entendieron. Eso los hizo verse como tontos y testarudos; así que a los discípulos les resultaba embarazoso registrarlo en el evangelio. Lo que indica que es auténtico, porque nadie armaría algo que mostrara a los apóstoles bajo una luz desfavorable. Por lo tanto, tenemos buenas razones históricas para creer que Jesús predijo su partida inminente y violenta.

—Bueno, ¿pero dónde aparece el callejón sin salida islámico?

—Si Jesús *no* sufrió una muerte inminente y violenta, eso hace de él un falso profeta. Pero el Corán dice que es un gran profeta, así que no estaría en lo correcto y quedaría desacreditado. Por otro lado, si es que Jesús *sí* padeció una muerte violenta e inminente como predijo, entonces sí es un gran profeta: pero eso entraría en contradicción con el Corán, que dice que él no murió en la cruz. Así que, sea como fuere, el Corán queda desacreditado.

—El resumen final es este: A menos que se trate de un musulmán comprometido con el Corán, ningún historiador que valga la pena jamás ubicaría al Corán como fuente más creíble, en lo que hace a Jesús, que el Nuevo Testamento, que cuenta con cuatro biografías y otros escritos fechados poco después del paso de Jesús, y que contiene testimonios de testigos presenciales. En lo que se refiere a los estudios históricos sobre Jesús, yo no conozco un solo erudito que consulte al Corán como fuente en lo que tiene que ver con el Jesús histórico.

—Pero sería difícil probar que Alá lo haya substituido por otro en la cruz en el último minuto, o que no lo haya hecho —le dije.

—Mire, yo podría sacar a relucir una teoría que diga que todos hemos sido creados hace solo cinco minutos, con comida en nuestros estómagos de alimentos que nunca comimos, y con recuerdos en nuestra mente de sucesos que nunca tuvieron lugar. ¿Cómo podría usted probar que no es así? Pero la cuestión es esta: ¿Hacia dónde apunta la evidencia? ¿Cuál parece ser más creíble y racional?

—Cuando escuché a un musulmán analizar esta cuestión, él dio un enfoque que señalaba que cuando Jesús estaba en la cruz Alá lo hizo parecer muerto aunque no lo estaba —le dije—. Entonces él declaró que Alá había sanado a Jesús.

—¿Eso no lo convertiría a Alá en un engañador? —me preguntó Licona—. Podemos entender que él engañara a los enemigos que intentaban matar a Jesús. Pero dado que sabemos por datos históricos que los discípulos de Jesús creían sinceramente que a él lo habían matado y que luego su cadáver había sido transformado en un cuerpo inmortal, eso convierte a Dios en un engañador de sus seguidores también. Si Jesús nunca aclaró las cosas con sus discípulos, entonces los engañó a ellos también.

Encontré que la lógica de Licona era convincente. La simple utilización de las herramientas de la erudición histórica rápidamente descalificó al Corán como texto confiable

en cuanto a Jesús, aunque no fuera por otra razón que por la fecha tan tardía del libro. Los eruditos discuten sobre diferencias de pocos años en el fechado del Nuevo Testamento, pero el Corán no apareció hasta después de *seis siglos* del paso de Cristo por la tierra. Además, yo sabía que el Corán no era el único libro que señalaba que Jesús no había muerto en la cruz.

Tomé *The Jesus Papers* [Los documentos de Jesús] y me preparé para cuestionar a Licona con respecto a las acusaciones directas que contenía y que buscaban refutar la crucifixión.

Deconstruir el pensamiento de Baigent

—Michael Baigent declara en *The Jesus Papers* que aunque los zelotes judíos deseaban que Jesús fuera crucificado, Poncio Pilato experimentaba conflicto con eso porque Jesús le decía la gente que pagara sus impuesto a Roma —señalé. Entonces le leí a Licona este pasaje:

> Pilato era el oficial que representaba a Roma en Judea, y la principal disputa de Roma con los judíos consistía en que se negaban a pagar el impuesto al César. Sin embargo, aquí nos encontramos con uno de los judíos principales (nada menos que el rey legítimo) que le dice a su pueblo

que pague el impuesto. ¿Cómo podría Pilato juzgar, y mucho menos condenar, a una hombre que de acuerdo con sus dichos, apoyaba la política de Roma? Pilato mismo podía ser acusado de negligencia en el cumplimiento del deber si procedía a condenar a un hombre que se mostraba como un partidario.[15]

—Así que —continué diciendo— Baigent señala que Pilato decidió condenar a Jesús para aplacar a los zelotes, pero que él tomó medidas para asegurarse de que Jesús sobreviviera, de modo que no tuviera que informar a Roma que lo había matado. Baigent especula que a Jesús se le dio medicación para inducir una apariencia de muerte. De hecho, los Evangelios indican que Jesús murió muy rápido. ¿Esto no mina la declaración que usted hace acerca de que Jesús murió en la cruz?

—Con franqueza, le diré que es un argumento demasiado débil —señaló—. En primer lugar, Baigent declara que el áloe y la mirra fueron usados para revivir a Jesús luego de su terrible experiencia. Si estas hierbas comunes pudieran haberse utilizado para resucitar y devolverle la salud a un individuo crucificado que había sufrido tan horribles azotes, ¿por qué no se usan en el mundo hoy? ¡Resultarían drogas maravillosas! ¡Vamos, todo eso es ridículo!

—Y la idea de que Roma nunca crucificaría a alguien que los hubiera apoyado, se desvanece ante los hechos. Consideremos a Pablo: él instaba a la gente a que obedeciera a las autoridades gobernantes porque era Dios el que las había colocado en ese puesto; ¡sin embargo, eso no detuvo a Roma en su intento de ejecutarlo!

—Consideremos lo siguiente: Si Jesús hubiera sobrevivido a la crucifixión, hubiera quedado horriblemente mutilado y debilitado. ¿De qué manera se hubieran convencido los discípulos de que él era el resucitado príncipe de la vida? Es absurdo. Baigent no tiene nada que sustente sus declaraciones delirantes. En el otro extremo, en cambio, hay toda una avalancha de erudición.

—Baigent sostiene que la Biblia misma respalda su teoría —señalé—. Dice en Marcos, que cuando José de Arimatea le pidió a Pilato el cuerpo de Cristo, utilizó la palabra griega *soma*, la que denota un cuerpo vivo. En respuesta, Pilato usó la palabra *ptoma* para referirse al cuerpo, lo que indica un cadáver. Baigent dice: «En otras palabras, el texto griego del Evangelio de Marcos deja en claro que cuando José solicita el cuerpo vivo de Jesús, Pilato le concede lo que piensa que es un cadáver. *La supervivencia de Jesús queda revelada allí mismo en el propio relato del Evangelio.*»[16]

—Eso es basura pura —replicó Licona—. La verdad es que la palabra *soma* no establece ninguna distinción entre un cuerpo vivo y un cuerpo muerto. Es más, en Hechos 9:37, Lucas habla acerca de la muerte de Tabita. Luego de que ella muere, él dice que lavaron su *soma*, o sea su cuerpo. Obviamente, se trata de un cadáver. Encontramos ejemplo tras ejemplo, aún en los escritos de Josefo, en los que *soma* significa cadáver. Así que Baigent no sabe lo que dice aquí tampoco.

—Lo que es más, Baigent ignora el contexto de Marcos. El Evangelio hace claro que Jesús está muerto. Marcos 15:37 dice que Jesús «lanzando un fuerte grito, expiró»; en Marcos 15:44–45 encontramos testigos presenciales que confirman que Jesús ha muerto; y en Marcos 15:47—16:1, María Magdalena y las otras mujeres ven cuando Jesús es enterrado y regresan el domingo por la mañana para ungirlo. Con toda seguridad ellas piensan que él está muerto. Así que no hay nada que pueda apoyar las declaraciones de Baigent.

Resulta claro que el caso de Baigent sería desestimado inmediatamente por cualquier juez imparcial, tal como lo sería la declaración sin sustento del Corán acerca de que Jesús logró escapar de la cruz. El hecho de que él murió crucificado no ha podido ser refutado por ningún argumento contrario medianamente creíble.

Todo eso nos lleva a hacernos esta pregunta: ¿Por qué era necesario que Jesús muriera? La razón, expresada simplemente, es la expiación. «Allí el amor y la justicia de Dios se satisficieron mutuamente, haciendo posible que nosotros nos reconciliáramos con el Altísimo», explicó Erwin Lutzer. «El amor quería redimirnos, pero la justicia demandaba que pagáramos por nuestros pecados, lo que resultaba imposible para los pecadores. Por lo tanto, Dios eligió tomar la iniciativa y satisfacer sus propias demandas».[17]

Increíblemente, el horror de la cruz romana se convirtió en un acontecimiento de impresionantes implicancias, hasta magníficas. Según Lutzer, «La crucifixión de Jesús constituyó la hora más trascendente de Dios en lo que a nosotros, los pecadores, nos concierne».[18]

CAPÍTULO 5

QUINTO RETRATO: EL JESÚS DIFUNTO

¿Las historias de su resurrección han sido fabricadas?

Se trataba de una rara oportunidad: allí estaba yo, sentado frente al fundador de *Playboy*, Hugh Hefner, en su opulenta mansión de Los Ángeles, analizando cuestiones espirituales para un programa de televisión que yo conducía. Hefner, vestido con uno de sus pijamas clásicos y una bata de seda, profesaba tener mínimas creencias en Dios, con palabras como «el comienzo de todas las cosas» y «el gran desconocido». Pero del Dios del cristianismo, dijo: «es algo demasiado infantil para mí».

Lo que resultó interesante fue que cuando saqué el tema de la resurrección de Jesús, Hefner inmediatamente reconoció su significación. «Si uno tuviera una evidencia real de que Jesús verdaderamente hubiera regresado de entre los muertos, entonces eso sería el comienzo de una serie de caídas con efecto

dominó que nos llevaría a toda clase de cosas maravillosas», me dijo. «Nos aseguraría una vida después de la muerte y todo tipo de cosas que todos desearíamos que fueran verdad».

Pero aunque admitió que nunca había investigado las evidencias históricas de que Jesús hubiera vuelto a la vida, Hefner se mantuvo escéptico. «¿Qué si creo que Jesús era el Hijo de Dios?» me preguntó. «No creo que él fuera más Hijo de Dios de lo que lo somos nosotros».

Hefner estaba en lo correcto con respecto a una cosa: todo gira en torno a la resurrección. Si es verdad, confirma la identidad de Jesús como el unigénito Hijo de Dios y abre la puerta de la vida eterna para sus seguidores. Si es una leyenda o un error, entonces Jesús es solo otra víctima desafortunada de la crucifixión dentro de una larga lista de revolucionarios y falsos mesías.

Como lo señalé en el capítulo anterior, los ataques en contra de la resurrección han crecido en los últimos años. «Solo una conclusión se encuentra justificada por las evidencias: Jesús está muerto» dijo el ateo Richard C. Carrier.[1] Robert M. Price, miembro de izquierda del Seminario Jesús, coincide con él. «Jesús está muerto», declaró.[2]

El obispo episcopal retirado John Shelby Spong explicó: «Jesús fue colocado en un sepulcro común, el que fue sellado. En un período muy corto solo quedaron algunos huesos sin identificación. Y aun los huesos desaparecieron en breve plazo. La naturaleza recupera con eficiencia sus propios recursos».[3]

¿La descripción tan gráfica de Spong es exacta? ¿O existen quizá razones históricas sólidas para creer que Jesús triunfó sobre la tumba? Me decidí a buscar respuestas en Michael Licona, el notable experto en resurrección que ha debatido con Carrier; con el apologista musulmán Shabir Ally, y con el agnóstico Bart Ehrman; como también con otros opositores a la resurrección. Licona y Gary Habermas, un erudito en el tema de la resurrección, escribieron *The Case for the Resurrection of Jesus* [El caso de la resurrección de Jesús], un libro premiado al que el historiador Paul Maier denominó «el tratado más amplio que se haya escrito sobre el tema».[4]

Superar los prejuicios

—No se puede negar que miramos la evidencia histórica a través de los lentes de nuestros propios prejuicios —le dije a Licona cuando estábamos sentados en la sala de mi casa.

—Por supuesto. Nadie está exento, y eso incluye a los teístas, deístas, ateos, o lo que fuere: todos tenemos nuestros prejuicios y no hay forma de pasar por encima de ellos —dijo Licona—. Es por eso que debemos mantener un cierto control y equilibrio. Eso fue lo que

el historiador Gary Habermas hizo al crear lo que él denomina «enfoque de un mínimo de hechos» con referencia a la resurrección.

—¿De qué manera esto mantiene nuestros prejuicios bajo control?

—Al usar este enfoque, solo consideramos los hechos que cumplen con dos criterios. El primero es que debe haber una evidencia histórica muy fuerte que los avale. Y el segundo, que la evidencia debe ser tan fuerte que una amplia mayoría de los eruditos en la materia (inclusive los escépticos) la acepten como un hecho histórico.

—La historia no es como una votación —insistí—. ¿Quiere usted decir que deberíamos aceptar los hechos simplemente porque una gran cantidad de los eruditos lo hacen?

—No. Lo que intento decir es que esa evidencia es tan buena que hasta convence a los eruditos escépticos. Tenemos que enfrentar esta realidad: hay muchas probabilidades de que un supuesto hecho histórico resulte verdadero cuando es aceptado aun por los que no están de acuerdo con las creencias metafísicas.

—¿Cómo sabe que esos eruditos creen así?

—Desde 1975 hasta la fecha, Habermas ha recopilado una lista de más de 2.200 fuentes en francés, alemán e inglés en las que los expertos han escrito acerca de la resurrección. Ha identificado una mínima cantidad de

hechos que resultan muy evidentes y que son considerados de característica histórica por la inmensa mayoría de los eruditos, incluyendo a los escépticos. Tratamos de recabar las mejores explicaciones históricas para dar cuenta de estos hechos.

Habiendo puesto ese trasfondo en su lugar, invité a Licona a presentar el caso de la resurrección de Jesús.

—Utilizaré apenas un mínimo de cinco hechos —dijo—, y podrá decidir por usted mismo si el caso resulta persuasivo.

PRIMER HECHO: JESÚS FUE MUERTO A TRAVÉS DE UNA CRUCIFIXIÓN

Ya describí la evidencia presentada por Licona para apoyar este primer hecho en el capítulo anterior, la que incluye múltiples fuentes del Nuevo Testamento y cinco fuentes no cristianas.

—Observe, Lee, que este primer hecho resulta tan sólido como cualquier otro de la historia antigua —me dijo Licona—. El consenso de los eruditos es absolutamente abrumador, aun entre aquellos que son escépticos con respecto a la resurrección».

SEGUNDO HECHO: LOS DISCÍPULOS DE JESÚS CREÍAN QUE ÉL HABÍA RESUCITADO Y SE LES HABÍA APARECIDO

—El segundo hecho es la creencia de los discípulos en cuanto a que Jesús realmente había regresado de entre los muertos y se les había aparecido— dijo Licona—. Existen tres líneas de evidencias sobre esto: El testimonio de Pablo sobre los discípulos, las tradiciones que corrieron dentro de la iglesia primitiva, y los escritos de la iglesia primitiva.

—Pablo resulta importante porque él informa que conoce a algunos de los discípulos personalmente, incluyendo a Pedro, Santiago y Juan. Los Hechos de los Apóstoles lo confirman.[5] Y Pablo dice en 1 Corintios 15:11 que «ya sea que se trate de mí o de ellos, esto es lo que predicamos», al referirse a la resurrección de Jesús. Dicho en otras palabras, Pablo conocía a los apóstoles e informó que ellos declaraban (así como él mismo) que Jesús había regresado de los muertos.

—Luego tenemos la tradición oral. Obviamente, la gente de esos días no contaba con grabadoras y pocas personas podían leer, así que ellos dependían de la transmisión verbal para comunicar en el tiempo lo que había sucedido, hasta que con posterioridad eso se escribiera. Los eruditos han reconocido varios lugares del Nuevo Testamento en los que esta tradición

oral fue copiada en forma de credos, himnos y resúmenes de sermones. Eso resulta realmente significativo porque la tradición oral debe haber existido con anterioridad a los escritos del Nuevo Testamento para que los escritores neotestamentarios las hayan incluido.

—Así que eso fue en una etapa temprana.

—Sí, muy temprana, lo que pesa mucho a su favor. Por ejemplo, tenemos credos que establecieron doctrinas básicas de una manera en que resultara fácil memorizarlas. Uno de los credos más tempranos e importantes fue el transmitido por Pablo en su primera carta a la iglesia de Corinto, y fue escrito alrededor del año 55 d.C. Dice:

> Porque ante todo les transmití a ustedes lo que yo mismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado, que resucitó al tercer día según las Escrituras, y que se apareció a Cefas [Pedro], y luego a los doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales vive todavía, aunque algunos han muerto. Luego se apareció a Jacobo, más tarde a todos los apóstoles...[6]

—Muchos eruditos creen que Pablo recibió este credo de Pedro y Jacobo cuando los visitó en Jerusalén, tres años después de su

conversión. Eso sería dentro de los primeros cinco años posteriores a la crucifixión. Como lo expresó uno de los expertos: «Esto está dentro del tipo de datos que logra que a los historiadores de épocas antiguas se les haga agua la boca».[7] No solo se trata de material de una etapa extremadamente temprana, sino que aparentemente le fue transmitido a Pablo por testigos presenciales u otros a los que consideraba confiables, lo que aumenta aun más su credibilidad.

—¿Es importante este credo?

—Sí, es poderoso y persuasivo —señaló—. Aunque una fecha temprana no descarta totalmente la posibilidad de invención o engaño por parte de los seguidores de Jesús, aparece demasiado temprano como para haberse producido como resultado del desarrollo de una leyenda, la que toma forma con el tiempo, dado que prácticamente se lo puede trazar hasta los discípulos originales de Jesús. De hecho, este credo ha constituido uno de los más formidables obstáculos para los críticos que intentan rebatir la resurrección.

—Y aún tenemos más tradición oral; por ejemplo, el Nuevo Testamento preserva varios sermones de los apóstoles. En realidad, aparentemente son resúmenes de predicaciones. Podemos decir que por lo menos la vasta mayoría de los historiadores cree que las enseñanzas apostólicas más tempranas se

conservan en los resúmenes de estos sermones del libro de Hechos, y ellas declaran que Jesús resucitó corporalmente de los muertos.

—Por ejemplo, Pablo dice en Hechos 13 algo muy similar a lo que Pedro informa en Hechos 2: «Ciertamente David, después de servir a su propia generación conforme al propósito de Dios, murió, fue sepultado con sus antepasados, y su cuerpo sufrió la corrupción. Pero aquel a quien Dios resucitó no sufrió la corrupción de su cuerpo».[8] Esa es una aseveración tajante: el cuerpo de David se corrompió, pero el de Jesús no, porque él fue levantado de los muertos.

—Finalmente, contamos con fuentes escritas como Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Ha sido ampliamente aceptado, aun entre historiadores escépticos, que los Evangelios fueron escritos durante el primer siglo. Hasta los eruditos muy liberales admitirán que contamos con cuatro biografías escritas en el término de setenta años después de la vida de Jesús, las que informan de manera nada ambigua acerca de la afirmación que hacían sus discípulos en cuanto a que Jesús se había levantado de los muertos.

—Creo que podríamos sustentar un muy buen caso como para fechar los Evangelios aun más temprano, pero vayamos adelante con las estimaciones más generosas. Eso todavía resulta extremadamente cercano a los acontecimientos, en especial comparado con otros escritos históricos antiguos. Nuestras

dos mejores fuentes sobre Alejandro Magno, por ejemplo, no fueron escritas hasta por lo menos cuatrocientos años después de su muerte.

—Luego tenemos los escritos de los padres apostólicos, que se dice que conocieron a los apóstoles o que eran cercanos a otros que los conocieron. Existe una gran posibilidad de que sus escritos reflejaran las enseñanzas de los mismos apóstoles; ¿y qué decían ellos? Que los apóstoles habían sido tremendamente impactados por la resurrección de Jesús.

—Por ejemplo, consideremos a Clemente. Uno de los primeros padres de la iglesia, Ireneo, nos informa que Clemente había mantenido conversaciones con los apóstoles. Tertuliano, el africano, padre de la iglesia, señala que Clemente fue ordenado por el mismo Pedro.

—¿Y qué es lo que Clemente informa con respecto a los discípulos? —le pregunté.

—En la carta de Clemente a la iglesia de Corinto, escrita durante el primer siglo, él dice: «Por lo tanto, al haber recibido... completa certeza debido a la resurrección de nuestro Señor Jesucristo... ellos salieron... predicando las buenas nuevas de que el reino de Dios está a punto de venir».[9]

—También tenemos a Policarpo: Ireneo dice que Policarpo fue «instruido por los apóstoles, y tuvo ocasión de hablar con muchos que habían visto a Cristo», incluyendo a Juan. Tertuliano confirma que Juan designó a

Policarpo como obispo de la iglesia en Smirna. Alrededor del año 110 d.C., Policarpo escribió una carta a la iglesia de Filipos, en la que menciona no menos de cinco veces la resurrección de Jesús.

—Así que consideremos la profundidad de evidencias que tenemos en estas tres categorías: Pablo, la tradición oral, y los informes escritos. En total, contamos con nueve fuentes que reflejan múltiples testimonios, inclusive de testigos presenciales de la primera hora, con respecto a la afirmación de los discípulos de que habían visto al Jesús resucitado. Eso era algo que los discípulos creían en la fibras más íntimas de su ser.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque contamos con evidencias de que los discípulos fueron transformados al punto de estar dispuestos a sufrir persecución y hasta el martirio. Solo hace falta leer los Hechos para ver la forma en que los discípulos estaban dispuestos a sufrir por su convicción de que Jesús había resucitado de los muertos. Los padres de la iglesia Clemente, Policarpo, Ignacio, Tertuliano y Orígenes, todos ellos lo confirman. De hecho contamos con al menos siete fuentes tempranas que dan testimonio de que los discípulos voluntariamente sufrieron por defender sus creencias; y si incluimos el martirio de Pablo y de Santiago, el medio hermano de Jesús, disponemos entonces de once fuentes.

—Pero —objeté—, la gente que pertenece a otra fe también ha estado dispuesta a morir por sus creencias a través de todas las épocas. ¿Qué prueba el martirio de los discípulos, entonces?

—En primer lugar, significa que ciertamente consideraban sus creencias como la verdad —me dijo—. Ellos no mintieron deliberadamente a este respecto. Los mentirosos no son buenos mártires. En segundo lugar, los discípulos no solo *creían* que Jesús había resucitado de los muertos; ellos *sabían* con seguridad que él lo había hecho. Estuvieron en medio de la escena y pudieron establecer con certeza que él había resucitado. Así que fue por su *certeza* con respecto a la resurrección que estuvieron dispuestos a morir.

—Eso es algo totalmente diferente de los terroristas islámicos de hoy en día, o de otros que se disponen a morir por sus creencias. Esta gente solo puede tener fe en que sus creencias sean verdaderas, pero no están en situación de saberlo con seguridad. Los discípulos, en cambio, sabían con toda *certeza* que la resurrección había ocurrido verdaderamente; y conociendo la *verdad*, estaban dispuestos a morir por esa creencia que tenían.

—Entonces, ¿cuál es el resultado final? —le pregunté.

—Habermas le ha echado un vistazo general a más de dos mil fuentes de eruditos en

la resurrección en estos últimos treinta años, y probablemente ningún otro hecho haya sido más ampliamente reconocido que el hecho de que los creyentes cristianos primitivos tuvieron experiencias reales que consideraban apariciones del Jesús resucitado —me respondió Licona—. Hasta el ateo Lüdemann admitió: «Podría tomarse como históricamente cierto que Pedro y los discípulos hayan tenido ciertas experiencias luego de la muerte de Jesús en las que Jesús se les apareció como el Cristo resucitado».[10] Ahora bien, él afirma que esto fue el resultado de visiones, lo que yo simplemente no considero que sea una explicación creíble. Sin embargo, él admite que sus experiencias realmente sucedieron.

Licona también cita a Paula Fredriksen, la erudita liberal de la Universidad de Boston, quien dijo: «La convicción que tenían los discípulos de que habían visto al Cristo resucitado... es [parte] del cimiento histórico, de los hechos conocidos más allá de toda duda».[11]

—Creo que eso es algo completamente imposible de negar —señaló Licona—. Y creo que hay evidencias claras y convincentes de que lo que ellos vieron era el regreso de Jesús de entre los muertos.

TERCER HECHO: LA CONVERSIÓN DE PABLO, EL PERSEGUIDOR DE LA IGLESIA

—Sabemos por diversas fuentes que Pablo (entonces conocido como Saulo de Tarso) era un enemigo de la iglesia y que se había entregado a perseguir a los fieles —continuó diciendo Licona—. Pero Pablo mismo dice que él se convirtió en un seguidor de Jesús debido a que se encontró personalmente con el Jesús resucitado.[12] Así que la resurrección de Jesús es atestiguada por alguien que fue tanto un amigo como un enemigo, lo que resulta muy significativo.

—Luego tenemos seis antiguas fuentes además de Pablo: Lucas, Clemente de Roma, Policarpo, Tertuliano, Dionisio de Corinto y Orígenes, los que informan que Pablo estaba dispuesto a sufrir continuamente y hasta a morir por sus creencias. Otra vez debemos decir que los mentirosos no son buenos para el martirio. Así que podemos tener confianza en que Pablo no solo declaró que el Jesús resucitado se le había aparecido, sino que él realmente lo creía.

—No podemos afirmar que Pablo haya sido un amigo de Jesús que estaba preparado para ver una visión de él debido a un pensamiento de deseo o a causa del dolor experimentado luego de su crucifixión. Su propósito firme era oponerse al movimiento cristiano, sobre el que creía que estaba siguiendo a un mesías falso. Su transformación tan radical de perseguidor a misionero requiere una explicación, y creo que la mejor explicación es que dice la verdad cuando declara que se encontró con el Jesús resucitado.

—No iba a lograr nada en este mundo (excepto sufrimientos y martirio) por inventar algo así.

CUARTO HECHO: LA CONVERSIÓN DEL ESCÉPTICO MEDIO HERMANO DE JESÚS: SANTIAGO

—El siguiente hecho mínimo tiene que ver con Santiago, el medio hermano de Jesús —me dijo Licona—. En el segundo siglo, Hegesippus informó que Santiago era un judío piadoso que guardaba estrictamente la ley judía. Pero lo que es más significativo para nuestro propósito, es que también tenemos buenas evidencias de que Santiago no fue un seguidor de Jesús durante su vida. Tanto Marcos como Juan informan que ninguno de los hermanos de Jesús creyeron en él.[13]

Lo más probable es que esos informes fueran verdad, dijo él, porque «la gente no va a inventar una historia que vaya a ser vergonzante para ellos o que pueda desacreditarlos, y resultaría particularmente humillante para un rabino del primer siglo no tener a los de su familia como seguidores».

—Entonces, llega el momento crucial: el antiguo material del credo de 1 Corintios 15 nos dice que el Jesús resucitado se le apareció a Santiago. Vuelvo a decir que este es un registro extremadamente temprano que tiene todas las características de ser confiable. De hecho, Santiago puede haber estado relacionado con la transmisión de este credo a Pablo, en cuyo caso Santiago estaría aprobando personalmente lo que el credo señalaba acerca de él.

—Como resultado de su encuentro con el Jesús resucitado, Santiago no solo se convierte en cristiano; más tarde llega a ser el líder de la iglesia de Jerusalén.[14] En realidad, Santiago queda completamente convencido de la calidad de Mesías de Jesús por la resurrección y acaba muriendo como mártir, cosa que atestiguan tanto fuentes cristianas como no cristianas.[15]

—Así que aquí tenemos otro ejemplo de un escéptico convertido por un encuentro personal con el Señor resucitado que estuvo dispuesto a morir por sus convicciones.

QUINTO HECHO: LA TUMBA DE JESÚS ESTABA VACÍA

—Aunque el quinto hecho (que la tumba de Jesús estuviese vacía) forma parte de los casos mínimos referidos a la resurrección, no goza del mismo consenso entre los eruditos que los primeros cuatro —dijo Licona para comenzar.

—Sin embargo, existe una fuerte evidencia a su favor. Habermas logró determinar que alrededor del setenta y cinco por ciento de los eruditos en este tema lo consideran un hecho histórico. Personalmente, considero que la tumba vacía cuenta con un buen apoyo si los datos históricos se evalúan sin preconceptos. Básicamente, existen tres líneas de evidencias: el factor Jerusalén, la certificación de los enemigos, y el testimonio de las mujeres.

—¿El factor Jerusalén? —le pregunté.

—Esto se refiere al hecho de que Jesús fue ejecutado públicamente y enterrado en Jerusalén, y que luego su resurrección se proclamó en la misma ciudad. De hecho, varias semanas después de la crucifixión, Pedro declaró delante de una multitud en Jerusalén: «A este Jesús, Dios lo resucitó, y de ello todos nosotros somos testigos».[16] Francamente, le hubiera resultado imposible a la cristiandad ponerse en marcha en Jerusalén si el cuerpo de Jesús hubiese estado todavía en la tumba. Las autoridades romanas, o las judías, podían simplemente haber ido a la tumba, observar el cadáver, y acabar allí con el malentendido.

—En lugar de eso, lo que escuchamos es la certificación por parte de los enemigos de que la tumba está vacía. En otras palabras, ¿qué es lo que los escépticos dijeron? Que los discípulos habían robado el cuerpo. Esto lo informan no solo Mateo, sino también Justino

Mártir y Tertuliano. Y ese es el punto: ¿Por qué iban a decir que alguien había robado el cuerpo si este continuaba en la tumba? Se trata de una admisión implícita de que la tumba estaba vacía.

—Además, la idea de que los discípulos hubieran robado el cuerpo constituye una explicación poco convincente. ¿Deberíamos creer que ellos conspiraron para robar el cuerpo, quitarlo de allí, y luego estar dispuestos a sufrir continuamente y hasta a morir por algo que sabían que era una mentira? Esa es una idea tan absurda que hoy los eruditos la rechazan de forma universal. Además, tenemos el testimonio de las mujeres en cuanto a que la tumba estaba vacía.

—¿Por qué resulta importante eso?

—Porque tanto en la cultura judía como en la romana del primer siglo, las mujeres eran tenidas en baja estima y su testimonio se consideraba muy cuestionable. Si uno fuera a tramar una historia con el fin de engañar a otros, nunca dañaría su propia credibilidad al decir que las mujeres habían descubierto que la tumba estaba vacía. Resulta tremendamente improbable que los escritores de los Evangelios inventaran un testimonio como ese, porque no iban a llegar muy lejos así. De hecho, podría dañarlos. Si hubieran tenido libertad como para simplemente inventar esas cosas, con toda seguridad declararían que

habían sido hombres (tal vez Pedro o Juan) los primeros en encontrar la tumba vacía.

—La mejor teoría en cuanto a por qué los escritores de los Evangelios incluirían un detalle tan embarazoso es porque en realidad había sucedido y ellos se habían comprometido a registrar todo con exactitud, sin que les importara el problema de credibilidad que crearan en esa cultura.

—Así que cuando se toman en consideración el factor Jerusalén, la certificación de los enemigos, y el testimonio de las mujeres, nos encontramos con buenas razones históricas para concluir que la tumba de Jesús estaba vacía. William Ward, de la Universidad de Oxford, lo dice de esta manera: «Toda la evidencia estrictamente histórica con que contamos está a favor (de la tumba vacía), y aquellos eruditos que la rechazan deberían reconocer que lo hacen sobre otros fundamento que no pertenecen a la ciencia histórica».[17]

—Bien, ¿cómo resumiría su caso?

—Poco después de que Jesús murió crucificado, sus discípulos creyeron verlo resucitado de entre los muertos. Dijeron que él se había aparecido no solo a algunos individuos sino que se había mostrado varias veces en entornos grupales; y los discípulos quedaron tan convencidos y transformados por esa experiencia que estuvieron dispuestos a sufrir y

hasta a morir por su convicción de que habían tenido un encuentro con él.

—Además, tenemos dos escépticos que consideraban a Jesús como un falso profeta: Pablo, el perseguidor de la iglesia, y Santiago que era medio hermano de Jesús. Ellos cambiaron completamente sus opiniones, dando un giro de 180 grados luego de encontrarse con el Jesús resucitado. Al igual que los discípulos, estaban dispuestos a sufrir dificultades, persecución y hasta la muerte antes que desdecirse con respecto a su testimonio sobre que la resurrección de Jesús había sucedido.

—Por lo tanto, tenemos un testimonio convincente sobre la resurrección de parte de amigos de Jesús, de un enemigo del cristianismo y de un escéptico. Finalmente, contamos con una evidencia histórica fuerte en el sentido de que la tumba de Jesús estaba vacía. De hecho, aún los enemigos del cristianismo admitieron que no estaba ocupada. ¿A dónde había ido a parar el cuerpo? Si se lo preguntáramos a los discípulos, nos dirían que vieron a Jesús personalmente luego de que él volvió a la vida.

—¿Cuál es la mejor explicación para esta evidencia, una explicación que no deje fuera ninguno de los hechos y que no presione para hacer que todo encaje? Mi conclusión, fundamentada en las evidencias, es que Jesús sí resucitó de entre los muertos. Ninguna otra

explicación se acerca siquiera a dar cuenta de todos los hechos. Históricamente hablando, creo que tenemos un caso convincente y persuasivo.

Dioses que mueren y resucitan

Una afirmación popular es que el cristianismo robó su creencia sobre la resurrección de historias paganas anteriores acerca de dioses que morían y volvían a levantarse. Le pregunté a Licona por qué debería tener mayor credibilidad el informe acerca de la resurrección de Jesús que esos otros relatos, obviamente mitológicos.

—En primer lugar, es importante comprender que estas afirmaciones no niegan de ningún modo la buena evidencia histórica que tenemos en cuanto a la resurrección de Jesús —señaló—. En segundo lugar, T.N.D. Mettinger, un erudito sueco de cierta edad, profesor de la Universidad de Lund, y miembro de la Real Academia de Letras, Historia y Antigüedades de Estocolmo, ha escrito los tratados académicos más recientes sobre dioses que morían y resucitaban en la antigüedad. Él admite en *The Riddle of Resurrection* [El misterio de la resurrección] que el consenso entre los eruditos modernos (*casi universal*) es que no hubo dioses que murieran y resucitaran con anterioridad al cristianismo. Todos ellos son de una fecha posterior al primer siglo.

Obviamente, el cristianismo no podía haberles pedido prestada la idea de la resurrección si es que esos mitos no andaban circulando al momento del nacimiento del cristianismo.

—Entonces Mettinger dijo que él iba a ser la excepción a esa casi universal convicción de los eruditos —mencionó Licona—. Él decididamente tomó la postura de una minoría y afirmó que hubo por lo menos tres (y posiblemente hasta cinco) dioses que murieron y resucitaron con anterioridad al cristianismo. Pero la pregunta clave es esta: ¿Existen en realidad paralelos entre esos mitos y la resurrección de Jesús?

—Finalmente, y luego de rastrillar todos esos registros y de analizarlos críticamente, Mettinger agrega que ninguno de ellos sirve como un paralelo de Jesús. *Ninguno* de ellos —enfatiza Licona—. Son demasiado distintos de los informes acerca de la resurrección de Cristo de los muertos. Sucedieron en un pasado distante e inespecífico, y generalmente se relacionaban con el ciclo estacional de vida y muerte de la vegetación. Como contraste, la resurrección de Jesús no se repitió, no se relacionó con cambios de estación, y fue creída por aquellos que vivieron en la misma generación que el Jesús histórico. Además, Mettinger concluye que «no existe evidencia en cuanto a una muerte vicaria por los pecados por parte de aquellos dioses que morían y resucitaban».[18]

Mettinger corona su estudio con esta sorprendente declaración: «Hasta donde yo sé, no existe una evidencia a *prima facie* de que la muerte y resurrección de Jesús haya sido una construcción mitológica, extraída de los mitos y ritos de los dioses que morían y resucitaban en el mundo circundante».[19] Mettinger concluye afirmando: «La muerte y resurrección de Jesús retiene su carácter de única en la historia de las religiones».[20]

Consideración de los datos

Licona podía haber presentado todo tipo de evidencias históricas para afirmar la resurrección; en lugar de ello se limitó a solo cinco hechos que han sido extremadamente bien certificados y sobre los que la vasta mayoría de los eruditos (inclusive los escépticos) admiten que son confiables. Estoy de acuerdo: el caso fue convincente y concluyente. Como lo dice el historiador N.T. Wright, autor de *The Resurrection of the Son of God* [La resurrección del Hijo de Dios]:

> No ayuda nada alegar que la «ciencia» hubiera desaprobado la posibilidad de la resurrección. Cualquier verdadero científico nos diría que la ciencia observa lo que suele suceder normalmente; el caso cristiano

se basa precisamente en que lo que sucedió con Jesús no es lo que sucede normalmente. Por mi parte, como historiador, prefiero la solución esencialmente simple y elegante a la otra que fracasa por no incluir todos los datos: decir que los cristianos primitivos creían que Jesús había resucitado en cuerpo de entre los muertos, y dar cuenta de esa creencia simplemente señalando que ellos decían la verdad.[21]

CONCLUSIÓN

EL VERDADERO JESÚS: ENCONTRADO

No hace mucho tiempo, Craig A. Evans decidió que ya había sido suficiente. Con santa indignación, se determino a poner en evidencia a toda esa erudición que con falta de prolijidad ha confundido al público, dibujando cuadros distorsionados de Jesús en años recientes.

Que eso proviniera de alguien de un calibre tan impresionante como el de Evans, resultaba muy significativo. Pocos de los eruditos sobre el tema de Jesús son tan reconocidos universalmente por liberales y conservadores como Evans, que es el distinguido profesor de Nuevo Testamento, director del programa de graduados de Acadia Divinity College, en Canadá, y el primer experto al que entrevisté en mi búsqueda del verdadero Jesús.

Evans movió la cabeza con descreimiento al considerar las presentes controversias que giran en torno a Jesús: *si era un gnóstico, si simuló su muerte, si son confiables los cuatro Evangelios, si se cuenta con mejores fuentes*

acerca de su vida que el Nuevo Testamento, si existe una gran conspiración para ocultar la verdad, si Jesús en realidad existió alguna vez.

—Con toda certeza, nadie en sus cabales promovería semejantes teorías —me dijo—. Era seguro que ninguna editorial creíble las imprimiría. Sin embargo, todo eso sucedió.[1]

Evans conocía el alcance de las evidencias históricas. Estaba bien consciente de cuáles eran las conclusiones a las que estas evidencias conducían racionalmente y cuáles no. Y se horrorizaba por lo que leía en algunos libros populares acerca de Jesús.

—Vivimos en una época extraña que consiente, y aun alienta, algunos pensamientos de lo más extraños —escribía en *Fabricating Jesus: How Modern Scholars Distort the Gospels* [Fabricando a Jesús: De qué manera los eruditos modernos distorsionan los Evangelios]—. Encuentro particularmente perturbadora toda esa cantidad de tonterías que provienen de algunos eruditos. Esperaríamos una pseudo erudición de tabloide de parte de estos charlatanes, pero no de parte de los eruditos que enseñan en instituciones respetables de estudios superiores.[2]

No obstante, lo que encontró fueron teorías fantásticas que iban más allá de las evidencias, distorsiones o descuidos en el manejo de los cuatro Evangelios, sospechas mal

orientadas, métodos críticos excesivamente rigurosos, textos cuestionables de siglos posteriores, anacronismos, afirmaciones exageradas, e «historias melodramáticas»; todo eso resultó en «la fabricación de toda una colección de pseudo Jesuses».[3]

Resumiendo, lo que dijo fue:

—Se cometió casi todo error imaginable. Algunos pocos autores han cometido casi todos ellos.[4]

Un coro de críticas

Evans no fue el único en hacer esta evaluación. Muchas otras luminarias expertas en el Nuevo Testamento también comenzaron a condenar públicamente la manera en que los lectores resultan embaucados a través de imágenes de Jesús que no tienen sustento.

James H. Charlesworth, profesor de Lenguaje y Literatura del Nuevo Testamento en el Seminario Teológico Princeton, y experto en Jesús en relación con los rollos del Mar Muerto, desprecia «la tontería mal informada que ha confundido al público lector en estos últimos años».

James D. G. Dunn, profesor emérito de la Universidad de Durham en Inglaterra, estuvo de acuerdo en ello. «La búsqueda del Jesús histórico se ha visto descaminada seriamente por mucha de esa erudición barata, y distorsionada hasta casi no poder reconocérsela debido a la pseudo erudición reciente», señaló.

Igualmente firme se mostró John P. Meier, profesor de la Universidad de Notre Dame, y autor de una obra sobre Jesús, escrita en varios volúmenes y muy bien acogida. El dijo: «Ya hace algunas décadas que el público desprevenido viene siendo sometido a dudosas afirmaciones académicas con respecto al Jesús histórico, las que están apenas por encima de las novelas sensacionalistas».

Gerald O'Collins, profesor emérito de la Universidad Gregoriana en Roma lanzó una advertencia con respecto a las «afirmaciones sensacionalistas hechas sobre Jesús, que muy pronto demuestran estar basadas en simples deseos del pensamiento». Gerd Theissen, profesor de la Universidad de Heidelberg, se lamentó por «los enfoques sensacionalistas modernos con que se encaran las investigaciones sobre Jesús, los que no están a la altura de la investigación académica».[5]

«Los lectores deberían tomar conciencia de lo asombrosas que son las nuevas afirmaciones que se hacen acerca de Jesús o de sus primeros seguidores, basándose en evidencias endebles», advirtió el profesor de Nuevo Testamento Ben Witherington III.[6] Agregó que lamentablemente los norteamericanos se han mostrado «propensos a escuchar declaraciones sensacionalistas... aun cuando haya muy poca o ninguna evidencia sólida que sustente tales conjeturas».[7]

Dar respuesta a los desafíos

Finalmente, ninguna de las aseveraciones sensacionalistas con respecto a Jesús que yo he investigado resultó ser una situación comprometida. Una por una, fueron sistemáticamente desmanteladas por los eruditos que apoyaban su postura, no en juegos de prestidigitación verbal ni en especulaciones, sino en los hechos, en la lógica y en las evidencias:

- *¿Un Jesús gnóstico?* No, los textos místicos que nos quieren vender dentro de los círculos liberales son demasiado tardíos para resultar creíbles históricamente. Por ejemplo, el Evangelio de Tomás fue escrito luego del año 175 d.C., y probablemente más cerca del año 200. Según el eminente erudito en Nuevo Testamento I. Howard Marshall, de la Universidad de Aberdeen, el Evangelio de Tomás «no arroja ninguna luz nueva o significativa sobre el Jesús histórico».[8] La representación gnóstica de Jesús como alguien que revela conocimientos ocultos (incluyendo la enseñanza de que todos nosotros ya tenemos la luz divina que él había encarnado) no tiene ninguna conexión con el Jesús histórico.
- *¿El Jesús citado erróneamente?* No, no hay nuevas revelaciones que arrojen dudas sobre la confiabilidad esencial del texto del Nuevo Testamento. Solo un uno

por ciento de las variaciones del manuscrito afectan el sentido del texto en algún grado, y no hay una sola de las doctrinas fundamentales que se vea comprometida. En realidad, la riqueza incomparable de los manuscritos del Nuevo Testamento realzan en gran manera la credibilidad del retrato que brinda la Biblia de Jesús.

- *¿El Jesús que fracasó?* No, Jesús logró cumplir con todas las profecías mesiánicas que debían cumplirse antes de la caída del templo judío en el año 70 d.C. Por lo tanto, si Jesús no es el Mesías anunciado, entonces nunca habrá uno. Lo que es más, el cumplimiento de estas profecías dentro de un marco de tiempo dado nos lleva a concluir racionalmente que Jesús cumplirá con las profecías finales cuando llegue el tiempo.
- *¿El Jesús no crucificado?* No, la evidencia histórica (tanto del Nuevo Testamento como de fuentes extra bíblicas) confirma claramente que Jesús estaba muerto cuando lo bajaron de la cruz. A la afirmación del Corán acerca de que Jesús no fue ejecutado, sencillamente le falta credibilidad histórica.
- *¿El Jesús difunto?* No. Se podría presentar un caso convincente en cuanto a que Jesús resucitó de los muertos a través de cinco hechos que presentan buenas evidencias y que la mayoría de los eruditos en el tema hoy (incluso los escépticos) aceptan como verdaderos: Jesús fue muerto por medio de una crucifixión; sus discípulos creían que él había resucitado y se les había aparecido; la conversión de Pablo, el perseguidor de la iglesia; la conversión del escéptico Santiago, que era medio hermano de Jesús; y la tumba de Jesús que se halló vacía.[9] La mejor explicación en cuanto a estos hechos es que Jesús realmente fue vencedor sobre la tumba.

Seguir al único Jesús

No solo se ha desenmascarado a estos cinco retratos como falsos, sino que mi trayectoria investigativa produjo un poderoso caso afirmativo en cuanto a la confiabilidad de los cuatro Evangelios, del cumplimiento por parte de Jesús de los anuncios proféticos, y de su resurrección. Para mí constituyó una confirmación más de que la tradicional perspectiva de Cristo está ampliamente sustentada por un fundamento firme de hechos históricos.

Además, ¿recuerdan la historia que les conté en la introducción acerca del científico que me desafió presentando fuertes objeciones a la comprensión que yo tenía sobre Jesús? El resto de la historia es esta: Salí e investigué cada uno de sus cargos, solo para descubrir una y otra vez que estos se desintegraban a la luz de los datos históricos.

Como vino a resultar, el verdadero Jesús es Aquel que ha sido adorado durante dos mil años: es el unigénito Hijo de Dios que se sacrificó en la cruz en pago por nuestros pecados y que ofrece perdón y vida eterna como un don gratuito que no podríamos obtener por nosotros mismos. Esas son las «buenas nuevas», o evangelio, que se puede resumir en tres versículos que se conocen como el Camino Romano. Romanos 3:23: «Pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios». Romanos 6:23: «Porque la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor». Y Romanos 10:13:«Porque todo el que invoque el nombre del Señor será salvo».

Algunas personas titubean en cuanto a recibir a Jesús como su perdonador y líder porque creen que él puede demandarles demasiado. Y la verdad es que él nos demanda todo. C. S. Lewis dijo:

> El camino cristiano es diferente: más duro y más fácil. Cristo dice: «Entrégame todo. Yo no quiero una cierta cantidad de tu tiempo, ni una parte de tu dinero ni un porcentaje de tu trabajo; te quiero a ti. No he venido a atormentar a tu hombre natural sino a matarlo. La mitad de ninguna cosa sirve... Entrégame todo tu ser natural, todos los deseos que piensas que son inocentes y todos los que consideras malvados: el conjunto total. Yo te daré un nuevo ser a cambio. En realidad, lo que te entregue será a mí mismo: mi voluntad se convertirá en la tuya».[10]

Esa clase de entrega puede causarnos temor. Pero si Jesús realmente es Dios (si realmente se sacrificó a sí mismo para que nosotros pudiéramos ser perdonados y quedáramos libres de experimentar su amor para siempre) entonces, ¿por qué deberíamos titubear en cuanto a entregarle el todo de nosotros a él? ¿Quién podría ser más digno de confianza que alguien que puso su propia vida para que otros pudieran vivir?

Eso es lo que Jesús ha hecho. No hay en cuanto a él duda de ningún tipo. Dijo el escritor Don Everts: «Jesús era por completo diferente, y nuevo, y sorprendente».

> Había algo tan claro, hermoso, verdadero. único y poderoso en Jesús, que los rabinos ancianos se maravillaron de sus enseñanzas, los niños corrieron a sentarse en su regazo, las prostitutas avergonzadas se encontraron llorando a sus pies, pueblos enteros se reunieron para escucharlo hablar, expertos en la ley se quedaron sin poder articular palabra; y la gente,

> tanto los pobres como los que pertenecían a la ruda clase trabajadora y aun los que eran increíblemente ricos, lo dejaron todo... para seguirlo.[11]

Este es el *verdadero* Jesús, que siempre ha estado vivo y saludable; y plenamente disponible para «todo el que invoque el nombre del Señor».

RECURSOS RECOMENDADOS

Libros

Bowman, Robert M. Jr. y J. Ed Komoszewski, *Putting Jesus in His Place*, Kregel, Grand Rapids, 2007.

Brown, Michael L., *Answering Jewish Objections to Jesus,* (volúmenes 1-4), Baker, Grand Rapids, 2000-2006.

Evans, Craig A., *Fabricating Jesus*, InterVarsity, Downers Grove, Ill., 2006.

Habermas, Gary R., y Michael R. Licona, *The Case for the Resurrection of Jesus,* Kregel, Grand Rapids, 2004.

Komoszewski, J. Ed, M. James Sawyer y Daniel B. Wallace, *Reinventing Jesus*, Kregel, Grand Rapids, 2006.

Nash, Robert H., *The Gospel and the Greeks*, P&R Publishing, Phillipsburg, N.J., 2003.

Strobel, Lee, *The Case for Christ*, Zondervan, Grand Rapids, 1998.

Strobel, Lee, *The Case for the Real Jesus*, Zondervan, Grand Rapids, 2007.

Sitios Web

LEESTROBEL.COM
... un sitio con videos intensivos sobre lo que los cristianos creen, y por qué.
JESUSCENTRAL.COM
... un lugar para aprender y dialogar acerca de lo que Jesús dijo.
REASONABLEFAITH.ORG
... el erudito William Lane Craig defiende al cristianismo.
CHRISTIAN-THINKTANK.COM
... un recurso con abundantes respuestas a las objeciones al cristianismo.
TEKTONICS.ORG
... un sitio independiente que responde a críticas sobre el cristianismo.
METAMORPHA.COM
... un enfoque sobre cómo parecernos más a Jesús.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

1. Lee Strobel, artículo «Chicagoan named in federal suit citing World War II crimes against the Jews», *Chicago Tribune*, 27 de enero de 1977.
2. Lee Strobel, artículo «Walus turns in citizenship papers», *Chicago Tribune*, 11 de julio de 1978.
3. Dorothy Collin, artículo «Walus is cleared; all hail U.S. justice», *Chicago Tribune*, 27 de noviembre de 1980.
4. Ibid.
5. Ver los libros de Lee Strobel, *El Caso del Cristo* (Zondervan, Grand Rapids, 1998), y *El Caso del Creador* (Zondervan, Grand Rapids, 2004).
6. Ver Colosenses 1:15.
7. Juan 1:1, 14a.
8. Versión New Living Translation (NVI usada en la traducción al español).
9. 1 Tesalonicenses 5:21.

CAPÍTULO 1: PRIMER RETRATO: EL JESÚS GNÓSTICO

1. Ver el libro de N. T. Wright *Judas and the Gospel of Jesus*, Baker, Grand Rapids, 2006, pp. 31–34.
2. Ibid., p 33.
3. Elaine Pagels, *Beyond Belief: The Secret Gospel of Thomas*, Vintage Books, Nueva York, 2004, pp. 40–41.
4. Jay Tolson, artículo «In Search of the Real Jesus: The Gospel Truth», *U.S. News and World Report*, 18 de diciembre de 2006.
5. Ben Witherington III, *The Gospel Code*, InterVarsity, Downers Grove, Ill., 2004, p. 101.
6. Willis Barnstone y Marvin Meyer, *The Gnostic Bible*, New Seeds, Boston, 2006, pp.48 y 69.
7. Jay Tolson, artículo «In Search of the Real Jesus: The Gospel Truth».
8. Richard Cimino y Don Lattin, *Shopping for Faith*, Jossey-Bass, San Francisco, 1998, p. 19.
9. Ibid., pp. 19–20.
10. Jay Tolson, artículo «In Search of the Real Jesus: The Gospel Truth».
11. Todas las entrevistas han sido editadas para ceñirse al contenido y resultar más claras y concisas. Entrevistas condensadas del libro de Lee Strobel: *The Case for the Real Jesus*, Zondervan, Grand Rapids, 2007.
12. Stevan L. Davies, *The Gospel of Thomas and Christian Wisdom*, Seabury, New York, 1983, p. 146.
13. Ver el libro de John Dominic Crossan *The Historical Jesus: The Life of a Mediterranean

Jewish Peasant, HarperCollins, San Francisco, 1991, pp. 427–434.
14. Ver: Nicholas Perrin, *Thomas and Tatian: The Relationship Between the Gospel of Thomas and the Diatessaron*, Academia Bíblica 5, Society of Biblical Literature, Atlanta, 2002; Nicholas Perrin, «NHC II,2 y los Fragmentos Oxyrhynchus, P.Oxy 1, p. 654–655;«Overlooked Evidence for a Syriac Gospel of Thomas», *Vigiliae Christianae* 58, 2004, pp. 138–151; y Nicholas Perrin, *Thomas, the Other Gospel*, John Knox Press, Louisville, Westminster, 2007.
15. *Against Heresies* 1.31.1

CAPÍTULO 2: SEGUNDO RETRATO: EL JESÚS CITADO ERRÓNEAMENTE

1. Énfasis añadido.
2. Bart D. Ehrman, *Misquoting Jesus*, HarperOne, Nueva York, 2005, pp. 89–90.
3. Ibid., p. 7.
4. Ben Witherington III, artículo «Misanalyzing Text Criticism—Bart Ehrman's "Misquoting Jesus"», http://benwitherington.blogspot.com/2006/03/misanalyzing-test-criticism-bart-html, 6 de junio de 2006.
5. Ver Juan 7:53—8:11.
6. Shawntaye Hopkins, artículo «Woman Bitten by Snake at Church Dies», *Lexington (Ky.) Herald-Leader*, 8 de noviembre de 2006.
7. Frank Zindler, *The Real Bible: Who's Got it?*, www.atheists.org/christianity/realbible.html, 29 de noviembre de 2006.

8. Bart D. Ehrman, *Misquoting Jesus*. Reconocimiento.
9. Para acceder a la entrevista completa con Metzger, que murió en 2007, ver: Lee Strobel, *The Case for Christ*, Zondervan, Grand Rapis, 1998, pp. 55–72.

CAPÍTULO 3: TERCER RETRATO: EL JESÚS QUE FRACASÓ

1. Aryeh Kaplan, *The Real Messiah?*, Jews for Judaism, Toronto, 2004, p. 14.
2. Ver Juan 4:25–26.
3. Aryeh Kaplan, *The Real Messiah?*, p. 16.
4. «¿Do All Scholars Believe Jesus Fulfilled Messianic Prophecies?», www.whoisthisjesus.tv/qa.htm#scholars, 28 de diciembre de 2006.
5. Ibid.
6. Ver Isaías 42:4.
7. Ver 2 Crónicas 7:19–22.
8. Ver Daniel 9:24.
9. Ver Hageo 2:6–9.
10. Ver Malaquías 3:1–5
11. Para obtener una descripción del cálculo de los tiempos, ver el libro de Michael L. Brown, *Answering Jewish Objections to Jesus*, volumen 1: *General and Historical Objections*, Baker, Grand Rapids, 2000, pp. 70–71.
12. Ver el Talmud de Babilonia, Sanedrin 98a.
13. Mateo 27:46 y Marcos 15:34 registran a Jesús diciendo en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» Esta es la primera línea del Salmo 22. En los tiempos de Jesús los Salmos no estaban numerados; la gente hacía referencia a ellos a través de su primera línea.
14. Ver Salmo 22:27–31.
15. Ver Deuteronomio 18:15–22.
16. La palabra Torah, que significa «enseñanza, instrucción, ley», puede referirse a la primera división de la Tanakh (el Antiguo Testamento), o bien a la Torah oral, que se compone de todas las tradiciones rabínicas relacionadas con la Torah escrita y con diversos aspectos legales de la vida judía. Las tradiciones fueron en un principio transmitidas oralmente antes de ser escritas. Ver el libro de Michael L. Brown *Answering Jewish Objections to Jesus*, volumen 1: *General and Historical Objections*, pp. 255–256.
17. Ver Isaías 53:10.
18. Ver el Talmud de Babilonia, Yoma 39a.
19. Ibid.
20. 1 Pedro 2:24: «El mismo, en su cuerpo, llevó al madero nuestros pecados, para que muramos al pecado y vivamos para la justicia. Por sus heridas ustedes han sido sanados».

CAPÍTULO 4: CUARTO RETRATO: EL JESÚS NO CRUCIFICADO

1. «"Islamic Jesus" hits Iranian movie screens», www.arabtimesonline.com/client/pagesdetails.asp?nid=10722&ccid=18, 13 de enero de 2008.
2. Ver sura 4:157–158.
3. «Who Is the True Jesus?» cinta de vídeo disponible en: http://www.facultylinc.com/national/fslf.nsf, 1 de octubre de 2006.

4. Hassan M. Fattah, artículo «In Qaeda Video, Zawahri Condemns Bush and Pope Benedict», *New York Times*, 30 de septiembre de 2006.
5. Lemuel Lall, «Jesus Christ Lived in India, was buried in Kashmir: RSS Chief», www.hindustantimes.com/news/5922_1914198,0015002100000000.htm, 28 de enero de 2007.
6. Michael Baigent, *The Jesus Papers*, HarpersSanFrancisco, San Francisco, 2006, p. 125.
7. Ver Ibid., pp. 124–132.
8. 1 Corintios 15:17.
9. John Dominic Crossan, *Jesus: A Revolutionary Biography*, HarperCollins, San Francisco, 1991, p. 145.
10. James D. Tabor, *The Jesus Dynasty*, Simon & Schuster, Nueva York, 2006, p. 230 (el énfasis se encuentra en el original).
11. Ver Deuteronomio 21:23.
12. Traductor al inglés, Abdullah Yusuf Ali, *The Qur'an*, Tahrike Tarsile Qur'an, Inc., Elmhurst, NY, 1999, p.61. Traducción de *El Sagrado Corán* al español de Rafael Castellanos y Ahmed Abboud, Editorial Arábigo, Argentina "El Nilo", impreso en Chile en 1958.
13. *The True Furqan*, World Wide Printing, Duncanville, TX, 2006. No intentamos decir que se presente en *The True Furqan* la pura doctrina cristiana. Uno puede escribir utilizando cualquier doctrina, verdadera o falsa, e igualmente sirve para responder a la prueba presentada en el Corán.
14. Abdullah Yusuf Ali, traductor al ingles, *The Qur'an*, 1. (Traductores al español de *El Sagrado Corán*, Rafael Castellanos y Ahmed Abboud.)
15. Michael Baigent, *The Jesus Papers*, p. 125.
16. Ibid. p. 130 (énfasis a adido).
17. Erwin Lutzer, *Slandering Jesus*, Tyndale, Carol Stream, Ill., 2007, pp. 50–51.
18. Ibid., p. 50.

CAPÍTULO 5: QUINTO RETRATO: EL JESÚS DIFUNTO

1. Richard C. Carrier, «The Spiritual Body of Christ and the Legend of the Empty Tomb», en la obra de Robert M. Price y Jeffrey Jay Lowder (editores), *The Empty Tomb* Prometheus Books, Amberst, N.Y., 2005, p. 197.
2. Robert M. Price y Jeffrey Jay Lowder, editores, *The Empty Tomb*, p. 16.
3. John Shelby Spong, *Resurrection: Myth or Reality?*, HarperSanFrancisco, San Francisco, 1995, p. 241.
4. Gary R. Habermas y Michael R. Licona, *The Case for the Resurrection of Jesus*, Kregel, Grand Rapids, 2004, p.1.
5. Ver Hechos 9:26–30; 15:1–35.
6. 1 Corintios 15:3–7.
7. John Rodgers, decano de Trinity Episcopal School for Ministry, citado en el artículo de Richard N. Ostling «Who was Jesus?» *Time*, 15 de agosto de 1988.
8. Ver Hechos 13:36–39.
9. 1 Clemente 42:3.
10. Gerd Lüdemann, *What Really Happened to Jesus?*, traductor John Bowden, Westminster John Knox, Louisville, 1995, p. 80.

11. Paula Fredriksen, *Jesus of Nazareth*, Vintage, Nueva York, 1999, p. 264.
12. Ver 1 Corintios 9:1 y 15:8; Hechos 9:22 y 26.
13. Ver Marcos 3:21, 31; 6:3–4; y Juan 7:3–5.
14. Ver Hechos 15:12–21; y Gálatas 1:19.
15. Ver: Josefo (*Antigüedades* 20:200); Hegesippus (citado por Eusebio en *EH* 2:23); Clemente de Alejandría (citado por Eusebio en *EH* 2:1, 23).
16. Hechos 2:32.
17. William Ward, *Christianity: A Historical Religion?*, Judson, Valley Forge, Pa., 1972, pp. 93–94.
18. Tryggve N. D. Mettinger, *The Riddle of Resurrection*, Almqvist & Wicksell, Estocolmo, 2001, p. 221.
19. Ibid.
20. Ibid.
21. Marcus Borg y N. T. Wright, *The Meaning of Jesus: Two Visions*, HarperSanFrancisco, San Francisco, 1999, pp. 124–125.

CONCLUSIÓN: EL VERDADERO JESÚS: ENCONTRADO

1. Craig A. Evans, *Fabricating Jesus: How Modern Scholars Distort the Gospels*, InterVarsity, Downers Grove, Ill., 2006, p. 15.
2. Ibid., 15–16.
3. Ibid., 16
4. Ibid.
5. Las citas de Charlesworth, Dunn, Meier, O'Collins y Theissen fueron tomadas de las páginas de inicio no numeradas del libro de Craig A. Evans, *Fabricating Jesus: How Modern Scholars Distort the Gospels.*

6. Ben Witherington III, *What Have They Done with Jesus?*, HarperSanFrancisco, San Francisco, 2006, p. 1.
7. Ibid., p. 2.
8. Craig A. Evans, *Fabricating Jesus: How Modern Scholars Distort the Gospels*, páginas del inicio, no numeradas.
9. En tanto que hay un consenso casi universal entre los eruditos (incluyendo a los escépticos) con respecto a los cuatro primeros hechos, alrededor del setenta y cinco por ciento afirman el hecho de la tumba vacía, según el sondeo de Habermas sobre más de 2.200 artículos de eruditos en la resurrección escritos durante los últimos treinta años en alemán, francés e inglés.
10. C. S. Lewis, *Mere Christianity*, edición revisada y ampliada, HarperCollins, Nueva York, 2001, pp. 196–197.
11. Don Everts, *Jesus with Dirty Feet*, InterVarsity, Downers Grove, Ill., 1999, pp. 26–27.